

CAPÍTULO III

LA EXPERIENCIA HISTÓRICA DE LA REPÚBLICA

DESLINDE DE LA IDENTIDAD HISTÓRICA DEL PERÚ

Estados Unidos del Norte y los Estados Desunidos del Sur

Las colonias inglesas de América, dirigidas por protestantes, enemigos de la jerarquía eclesiástica y secular, fueron, al emanciparse, a la unidad política, o sea a los Estados Unidos. En cambio, las colonias españolas de América, gobernadas directamente por la monarquía e imbuidas durante tres siglos en los principios político-religiosos de ella se sumieron en la dispersión, o sea formaron los Estados desunidos. Y es que esa misma organización y poder fuertes del gobierno en América española sembraron, precisamente, vastos núcleos de población, hondos intereses, poderosas fuerzas colectivas que estuvieron esparcidos a lo largo de todo el continente. Ganar la guerra de independencia en Norte América costó sólo seis años en el norte, y no catorce como en el sur. La misma amplitud y extensión de las colonias "españolas-americanas" las alejó entre sí. Las colonias inglesas, mucho más pequeñas y geográficamente más unidas, no tuvieron, en el norte del continente, las altas cordilleras, los esparcidos desiertos y la inmensa selva como barreras y obstáculos. Bien pronto, por otra parte, los Estados Unidos vivieron en el siglo XIX bajo la influencia de la preocupación por el aprovechamiento y el desarrollo de las fuentes de riqueza en los territorios que estaban a su alcance, dentro de una expansión de pleno tipo capitalista a la que no convenía el aislamiento de las distintas zonas, sino precisamente su enlace.

Hacia la mitad del siglo afrontó ese gran país el drama de la escisión cuando surgió la guerra del Norte contra el Sur. Esta guerra fue, en realidad entre el Norte unionista y el Sur separatista. El norte representó, como se sabe, el industrialismo en pleno desarrollo, ávido de conservar y consolidar la unidad. En la zona meridional dominaba, en cambio, una economía agraria y precapitalista, regionalista, destinada a morir en Estados Unidos pero todavía no en América Meridional. En ésta fue como si el sistema del Sur de Estados Unidos anterior a la guerra de secesión continuara vivo. Al amparo de la unidad nacional inicial luego reforzada, fue más fácil en Estados Unidos el desarrollo de los medios de comunicación" que, además, no tenía ante sí los obstáculos geográficos existentes en Hispanoamérica; y así pudo consolidarse una estrecha relación entre materias primas e industrias y entre producción y mercado. Por el contrario, los Estados de la América desunida, a la zaga en el proceso capitalista del siglo XIX, casi no comerciaron entre sí; cada uno de ellos exportó sus materias primas y dependió del extranjero para obtener capitales y artículos manufacturados. Ello fue, sin duda, otro factor favorable a su aislamiento. (HR, t. I; p. VII)

El contraste entre Hispanoamérica y el Brasil

Roto el sistema mágico de relación religioso-monárquico entre España y América, las antiguas provincias del imperio español se desmembraron porque al emanciparse no encontraron otra fe u otra idea que las mantuviera a todas juntas. El Brasil, en cambio, evitó ese fenómeno de balcanización y conservó y afirmó su unidad

por la emigración del monarca de Portugal y de su corte ante la invasión napoleónica con el apoyo británico; Y por haber guardado, al independizarse, la realeza y el imperio que conservó) hasta 1889.

Todo hubiese podido indicar una tendencia al seccionalismo en la colonización portuguesa en el Brasil. Portugal era un Estado mucho menos populoso que España; su régimen colonial presentaba una estructura mucho menos robusta Y desarrollada que el hispánico Y algunas de las autoridades regionales en el Brasil gozaban de semiautonomía Y hasta tenían correspondencia directa con la metrópoli. Por otra parte, Río de Janeiro sólo tomó características de capital nacional Y se definió claramente como algo distinto del "interior", de las "provincias" o del "campo" con la llegada del príncipe regente, don Juan y su corte.

A pesar de la divulgación del idioma castellano y de la similar ordenación cultural, jurídica Y política, hubo, desde el siglo XVI, elementos que fueron definiendo una fisonomía multiforme en los territorios americanos del imperio español. Uno de los gérmenes de esta variedad estuvo en la propia amplitud del dominio español en América, que dio lugar a la variedad de jurisdicciones creada para el gobierno Y la organización de estos territorios o por la metrópoli. Los virreinos, las audiencias Y la capitanías generales surgieron como "provincias mayores" del imperio hispánico. Escasa o nula fue la relación que tuvieron entre sí, ya sea por las grandes distancias, por la dificultad de medios de transporte y comunicación, o por una previsora suspicacia.

El segundo elemento para la ausencia de homogeneidad fue la coexistencia, en las distintas regiones de la misma sociedad americana, de elementos sociales, y culturales prehispánicos intactos o semi intactos; elementos comunes a toda la cultura occidental; elementos hispánicos; elementos negros; y elementos mixtos provenientes de la combinación de los anteriormente mencionados, en la proporción más diversa. Las variantes de estas características dieron lugar a una gama variadísima según las localidades, comarcas o provincias, dentro de múltiples condiciones geográficas, económicas y sociales; pero, a pesar de eso, la dispersión o aislamiento completos no llegaron a producirse. Había un vínculo unitivo visible que era el Estado. (HR, t. I, p. VIII)

Las comunidades intermedias entre la metrópoli española y el imperio ultramarino

En América el Estado (aunque teóricamente era un reflejo del imperio metropolitano), para los efectos prácticos del régimen administrativo y social, funcionó a través de diversas áreas que podrían ser llamadas "comunidades intermedias" ubicadas entre la metrópoli y la vida local. Dichas comunidades intermedias ensambláronse en las regiones de más alta tradición indígena -México y Perú- dentro de los virreinos; y en las zonas periféricas dentro de las audiencias y las capitanías generales. Así se fueron desarrollando, en el seno mismo de esas áreas de organización interna colonial, difusos gérmenes de entidades estatales con proyecciones diversas sobre la población de sus áreas. Su elemento aglutinante estuvo en la demarcación trazada en América por el imperio español, dentro de la heterogénea nacionalidad cultural hispanoamericana-indígena-mestiza-negroide. La República del Perú fue la heredera del virreinato del Perú. (HR, t. 1, pp. VIII-IX)

La identidad histórica del Perú

¿Qué tenían de común en 1824 un labriego de Piura y un labriego del Cuzco,

por ejemplo? Muy poco, evidentemente. Pero ambos y otros como ellos y sus antepasados vivían dentro del mismo ámbito político-administrativo y no únicamente desde el siglo XVI sino desde muchos siglos antes de los incas. Este molde impalpable influyó, de una manera u otra, sobre su niñez, su juventud, su adolescencia, su ancianidad y sobre las de sus familiares. ¡Cuántos son los pueblos europeos, asiáticos y africanos que carecen de esa larga continuidad en su destino histórico! No faltan, por el contrario, los que hállanse aglutinados apenas desde hace pocos años. De otro lado, aquel piurano y aquel cuzqueño, a pesar de sus notorias diferencias, seguramente descendían de súbditos del Tahuantinsuyu o de reinos anteriores, ligados a esas tierras o a otras en contacto con ellas; y tenían en su sangre o, por lo menos, en parte de sus cultivos, su ganado, sus aves domésticas, sus vestidos, sus viviendas y otras cosas, tales o cuales, aunque fuesen mínimos, elementos culturales provenientes de los conquistadores y colonizadores españoles o de quienes llegaron después de ellos. No fue el caso de la dominación austriaca sobre Hungría desde el siglo XVI hasta 1918, que no alteró la identidad de este país, la raza, el idioma y la conciencia magiares. Y aunque hoy sabios minuciosos discriminen nuestros factores autóctonos bajo distintos sincretismos, aquellas mismas paradojas ostentan semejanzas entre sí. Observando el acontecer histórico desde otro nivel, en el ya tan viejo virreinato del Perú abundaban, por cierto, las diferencias, las contradicciones y las desigualdades. Miopes son quienes pretenden ignorarlas. Pero el mestizaje, por más sentido relativo o limitado que se le otorgue, le confería una peculiaridad sin semejanza con la estructura de África del sur, donde por tanto tiempo ha regido el *apartheid* entre la minoría blanca gobernante y las mayorías negras dispersas; y aún con el cuadro que presentaba y presenta Estados Unidos, donde era y es fácil encontrar una coexistencia bipolar que ubica a los blancos de un lado y a los negros e indios en otro plano. A este último argumento, a veces, responden escritores norteamericanos, con su complejo de superioridad en relación con América Latina, que allá el *nigger* y el antiguo "piel roja" saben en qué país se encuentran; mientras que un aborigen de Paucartamba o de Aija, por ejemplo, ignora la condición de peruano. Sin embargo, se trata de un doloroso problema de analfabetismo que tiende a ser superado gradualmente en un país subdesarrollado y en una sociedad muy lejana al mundo postindustrial. En todo caso, las manchas raciales quechuas y aimaras en el Perú no forman núcleos homogéneos, ni compactos, ni son conscientes de su personalidad colectiva. Hállanse dispersas e incrustadas de norte a sur, en zonas donde viven también cholos o mestizos de distintas variedades y hasta blancos. Por eso, fue vana la tentativa de la burocracia comunista en los congresos de Montevideo y de Buenos Aires en 1929 para enarbolar en estas tierras la bandera europea de las minorías oprimidas y propiciar la formación de repúblicas indígenas.

Viajeros contemporáneos de Indonesia hallan en aquel inmenso territorio cuya independencia no cuenta aún muchos años, el creciente distanciamiento entre la mayoría musulmana predominante en la población aunque no en la vida pública actual y los que viven fuera del islamismo.

Entre estos últimos cabe hallar, de un lado, cristianos; y, de otro, a quienes tienden cada vez más a acercarse a la fe javanesa con su propio equipo de dioses y de diosas y con raíces animistas e influencias del hinduismo, del budismo y aun de los prosélitos de Mahoma. Los contrastes de origen religioso ayudan a viejas fuerzas centrífugas de tipo étnico y geográfico; y sus derivaciones gravitan con posibilidades explosivas en el futuro sobre la vida social y política. En Indonesia sí hay enorme dificultad para siquiera buscar una identidad nacional.

De otro lado, tampoco existen, entre nosotros, activas e insalvables rivalidades de origen cultural y expresión lingüística como las que separan históricamente a anglocanadienses y a francocanadienses y llegan la época actual.

Y dentro de los múltiples y graves problemas ostensibles o latentes en el vasto territorio del virreinato peruano que la república heredó, no había ni hay nada semejante al que simbolizan los territorios, las poblaciones y los idiomas del país Vasco y de Cataluña (y en menor grado los de Galicia) en España. Igualmente no poseemos ni hemos tenido micronacionalismos como el bretón, el corso y el vasco en Francia, el galés y el escocés en Inglaterra, el de Sardinia y Sicilia en Italia, el de flamencos y valones en Bélgica, paradójicamente revividos en esta época de las superpotencias y del crecimiento en el mundo postindustrial.

Las repúblicas hispanoamericanas – y el Perú no fue sino una entre ellas – se sintieron, desde la primera etapa de su vida independiente, separadas e individualizadas desde el punto de vista político y administrativo; diferentes de otras colectividades hermanas, inclusive de las que fueron, en los momentos epocales de la áspera y larga guerra con los españoles de 1820 a 1824. “auxiliares” o “aliadas”. No fue sólo por la voluntad de hombres ambiciosos que tenían las armas en las manos; funcionó también el voto de los Congresos y los cabildos, entidades estas de tipo local heredadas del régimen colonial así como el clamor de los “cabildos abiertos”, asambleas multipartidarias en las ciudades grandes y pequeñas. A pesar de la ausencia de una unidad de raza en cada flamante Estado, ninguno de los erigidos a partir de 1827 desapareció; y, antes bien, surgieron otros después. Así, no obstante que todos poseían oficialmente el mismo idioma vino la diferenciación de entidades estatales. Hasta llegaron demasiado pronto, absurdamente, a guerrear vecinos contra vecinos. En estas campañas, tal como ocurrieron entre 1810 y 1825 y también en las frecuentes jornadas de las querellas internas, estuvieron juntos quienes el reclutamiento capturó en el norte, en el centro o en el sur. (HR, v. I, pp. IX-X)

2. PANORAMA DE SU DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL

Las tensiones externas y las tensiones internas

Desde el punto de vista de su posición geográfica céntrica en el continente sudamericano y su estado social, el Perú presentó una situación muy difícil al terminar la guerra de la independencia y en los años que vinieron después, por nueve motivos.

1. Sus fronteras eran muy dilatadas y carecían de una demarcación fija ante los cuatro vecinos, en el E. en el N. y el S.;
2. La guerra de la independencia había sido larga, dura y sangrienta, lo había desangrado y empobrecido inmensamente desde hace mucho antes de la Expedición Libertadora, dejándole problemas adicionales;
3. Como resultado de esta guerra, quedaron en el Perú, como en su vecina del sur, Bolivia, ejércitos auxiliares colombianos;
4. La dificultad de comunicaciones hacía complicada y discontinua la relación entre la capital y las provincias, entre el centro y las extremidades del país;
5. Había, desde la época colonial, un abismo cultural, social y económico entre las reducidas clases ilustradas y la gran masa indígena,
6. La emigración de una gran parte de los funcionarios peninsulares y de algunos peruanos, así como las circunstancias políticas, militares e ideológicas de los años entre la proclamación de la independencia y la batalla de Ayacucho, desarticulaban el aparato del estado;
7. El fenómeno político se presentó con caracteres de gran inestabilidad,

8. El descubrimiento y la explotación del guano desde 1842 envenenaron la vida hacendaria, económica, política, administrativa y social del país hasta los días de la guerra con Chile.
9. Colocado el Perú en la zona céntrica del Pacífico sudamericano, sin que el canal de Panamá se hubiese construido, hallábase de espaldas a Europa. El primer puerto importante que encontraban los navíos después de su navegación en el Atlántico era Valparaíso. Esta situación dificultó la llegada de corrientes inmigratorias blancas y, aliado de factores sociales, ayudó al ingreso primero de chinos y posteriormente de japoneses.

Al extremo sur del continente, Chile; liquidó la guerra de la independencia en plazo relativamente breve y vivió libre de todo problema de fronteras por muchos años, pues tuyo por linderos, de un lado, al mar; de otro, la Cordillera de los Andes que lo separaba de la anarquizada Argentina; y, al norte, el desierto que los alejó, hasta bien avanzado el siglo XIX, de Bolivia y el Perú. A solas, por su cuenta, libre de toda complicación internacional y de toda pesada carga de daño o destrucción en su propio territorio, logró aquel país orientar los problemas de la organización y la estructuración interna; con su oligarquía dirigente intacta -allí sí hubo oligarquía intacta - favorecida por la cercanía entre sus dos grandes centros urbanos y políticos, Santiago y Concepción. Esa oligarquía, con una orientación intelectual dada a través de muchos años por Andrés Bello, cuya influencia no debe ser subestimada, supo absorber a hombres provenientes de estratos sociales bajos (como Manuel Montt, presidente de 1850 a 1860). Sólo muchos años más tarde, gracias a la victoria sobre el Perú y Bolivia, la heredad chilena se extendió hacia el norte, que el salitre explotado por el capital británico dominó, y también, más pacíficamente, hacia el sur, fecundado por la inmigración europea.

En el caso de los países como Colombia y Venezuela, aunque en ellos surgió, por obra del genio de Bolívar, una vasta aunque efímera federación, ninguno de ellos se enfrentó, dentro de ésta, a posibles mermas territoriales; y cada uno dispuso, por otra parte, a consecuencia de la trayectoria de la guerra de la independencia, de fuerzas propias, políticas y militares.

Apenas empezada su vida independiente, el Perú tuvo ante sí hasta siete zonas críticas, cuatro en el norte y tres en el sur: Guayaquil, Tumbes, Jaén, Maynas, el Alto Perú, Tacna-Arica- Tarapacá y Arequipa-Puno-Cuzco.

En Guayaquil existió un partido peruano hasta la guerra de 1829. Jaén fue, durante muchos años, material del debate diplomático con el Ecuador. Tumbes también llegó a ser reclamado por este país, a pesar de que, durante el virreinato, había sido parte integrante de la Intendencia de Trujillo y del partido de Piura, que comprendió esta parroquia y la de Amotape; y no obstante que juró la independencia del Perú el 7 de enero de 1821. Maynas, con Tumbes y Jaén, llegó a constituir, al avanzar el siglo XIX y a lo largo del siglo XX, una aspiración nacional ecuatoriana, si bien ella no existió entre 1830 y 1840, como se prueba en el libro *Historia de la república del Perú*.

Dominado por tendencias centrífugas hacia el norte en un período inicial, que abarcó desde 1823 hasta 1829, el Perú conoció luego tendencias centrífugas hacia el sur entre 1829-1842.

La creación de la República de Bolivia vino a ser una bomba de tiempo. Bolivia ambicionó Arica y, por lo tanto, el territorio circundante desde 1825. Dicha zona, según algunos autores, integra una unidad con el altiplano. La idea de formar con Arequipa, Cuzco y Puna un Estado independiente o de unir estos departamentos a Bolivia dentro de un régimen federal estuvo flotando entre 1826 y 1836 y algunos años

más tarde, por ejemplo, en 1849.

Aparte de los problemas conexos con las siete zonas críticas ya mencionadas, existió la eventualidad histórica de que el Perú se convirtiera, entre 1825 y 1826, en Estado satélite de Colombia; o en provincia de una vasta república bolivariana, cuyos límites hubieran ido desde el Orinoco hasta Potosí. Este proyecto no duró largo tiempo, ni podía enraizarse por imperativos geográficos. Lo que sí constituyó un hecho permanente (ahondado por el desarrollo posterior de los problemas de límites con los vecinos Ecuador, Colombia, Brasil, Bolivia y Chile, y por el surgimiento de otras complicaciones internacionales) fue la persistencia de tensiones externas. Hundido en ellas transcurrió gran parte del acontecer republicano peruano. Aliado de las hondas y desgarradoras tensiones internas (derivadas de las diferencias en la condición social y en el nivel de vida de la población, de los contrastes geográficos, de la inestabilidad política y de la supervivencia de un Estado empírico), las tensiones externas tuvieron muchas veces, en ilusoria apariencia, contenido más influyente; presentaron complejidad que en otros países americanos no existía; y demandaron considerables cantidades de atención, de esfuerzo que en muchas ocasiones llegó al sacrificio, de sangre, de tiempo, de inteligencia y de dinero. Así como los meridianos y los paralelos determinan la ubicación de los lugares geográficos, la interpretación de la historia republicana del Perú no puede hacerse cabalmente si no se toman en cuenta las tensiones externas y las tensiones internas que la han caracterizado de modo pertinaz. (PPP r., pp. 320-324) [1978]

La evolución de las clases sociales durante la República

EL MILITARISMO

El militarismo nace de tres causas: como reconocimiento nacional a los triunfadores en contiendas decisivas o como escarmiento después de la derrota o en situaciones de indecisión política y social (liquidación de una dictadura, defensa desesperada contra la revolución social). En el primer caso se trata de "una deuda nacional de triunfo a la que se abona crecidos intereses, morales y materiales; o nacional codicia por un negocio de expansión territorial o comercial en el que se agotan capitales de moneda y de espíritu". En el segundo y tercer caso se trata tan sólo de que el ejército es la única institución materialmente fuerte y, además, la clase mejor organizada en instantes de debilidad colectiva.

El Perú ha tenido dos tipos de militarismos: el militarismo después de la victoria y el militarismo después de la derrota. Se dibujan ya los contornos de un militarismo del tercer tipo.

Desde el principio, el militarismo, a pesar de haber albergado en su seno a representantes de las clases altas -en mayor proporción de lo que ocurre en la época actual- cumplió aquí una misión democrática al encumbrar a indios y mestizos, dándoles la única válvula de ascensión social que podía existir en aquella sociedad.

El ejército peruano no fue nunca "ejército nobleza"; se acercó más al "ejército nación". Con ello ofrece esperanzas de que contribuirá, en lo futuro, a la transformación de la nación en pos de la justicia social.

LA NOBLEZA Y LOS ENRIQUECIDOS

La infer-estructura colonial perduró en los primeros tiempos de la república. Un fenómeno, en otros casos cambiante y nervioso por su esencia, pero estático aquí, la moda femenina (supervivencia de la saya y el manto hasta 1860) es su representación

más visible. Perduraron buena parte de los privilegios coloniales (latifundios, privilegios eclesiásticos, etc.), y los que llegaron a ser liquidados lo fueron parcial o lentamente (mayorazgos, vinculaciones, diezmos y primicias, fueros).

No había sido la nobleza peruana, como puede colegirse de la revisión hecha anteriormente, una capa social única o impermeable a través de toda la colonia. Su génesis había sido varia: la conquista en primer lugar; luego, cuando vino el entronizamiento del virreinato, los conquistadores o sus descendientes fueron, en realidad, pospuestos ante los funcionarios o aristócratas venidos de España; por último, en el siglo XVIII, aumentó la venta de títulos de nobleza por las urgencias económicas de la corona, alcanzando esos honores familias españolas de origen comercial y burgués avecinadas en el Perú. Este mismo proceso de integración y desintegración constantes se aceleró en la república. La ascensión comercial y burguesa iniciada en el siglo XVIII se acentuó; pero si entonces ella giró alrededor de los cánones nobiliarios, en el siglo XIX la nobleza fue paulatinamente poniéndose bajo la esfera de la influencia de los enriquecidos so pena de desaparecer, aunque sin perder la vida social su carácter jerárquico.

La nobleza colonial, carente de entrenamiento político o directivo y empobrecida con la guerra de la emancipación y las guerras civiles posteriores, no tuvo el poder político; pero conservó su poder social. La falencia del erario -sujeto, por las revoluciones, al régimen de los empréstitos internos - impide en los primeros años la postergación social y aun económica de la nobleza antigua. A partir de 1842 empieza la lotería fabulosa del guano. Se descubren las propiedades fertilizantes de este abono; su demanda para la agricultura europea se hace intensa; el Perú lo tiene en grandes cantidades y de la mejor calidad en islas que permiten la más fácil extracción. El guano, negociado, mediante un oneroso sistema de consignaciones (la venta por contratantes particulares a nombre del Estado, con comisiones para ellos, venta incontrolada que da lugar, además, a un oneroso sistema de préstamos de los consignatarios al Estado) ejerce una influencia triple en la evolución histórica del Perú: acentúa el carácter costeno de la vida republicana; produce una enorme pero pasajera bonanza presupuestal que redundaba en la crisis y en la bancarrota, ya que a los errores de las consignaciones mismas se agrega el despilfarro en los gastos públicos y el abandono de la creación y ordenación sistemada de impuestos; y da lugar al encumbramiento de una nueva clase social. Esta nueva clase social de enriquecidos se enlaza con parte de la antigua nobleza genealógica. Comunidad de intereses comerciales y financieros, matrimonios de enriquecidos con mujeres aristocráticas, matrimonios de aristócratas con hijas de enriquecidos, los ligan. La clase plutocrático-aristocrática usufructúa de los pingües provechos que a la agricultura de la costa produce la introducción de los *coolíes* chinos como braceros, introducción precipitada en grande escala después de la manumisión de los negros esclavos.

Pasan los años y el militarismo se va desacreditando. Han desaparecido ya los "mariscales de Ayacucho", es decir, los combatientes en aquella batalla convertidos más tarde en presidentes y caudillos. El creciente malestar económico y financiero obliga a dar preponderancia en las luchas políticas a este factor. Cuando llega al poder Balta -hombre de cortos alcances y de violentas pasiones-, su ministro de Hacienda, un jurisconsulto eminente, el Dr. Francisco García Calderón, renuncia casi al mismo tiempo de ser nombrado, a causa de la grave situación financiera, pues el erario está exhausto y lleno de deudas a los consignatarios. Entonces es llamado al ministerio el hijo de un sabio que fue antiguo Ministro de Hacienda y que vivió pobre en medio de la dilapidación: un joven de treinta años, antiguo seminarista, antiguo periodista. Este hombre casi desconocido, Nicolás de Piérola, afronta la situación con, una actitud revolucionaria. Hiere gravemente a los intereses de las clases capitalistas nacionales que formaban casi en su totalidad la clase adinerada; y para ello corta las amarras con

que tenían ellos sujetado al fisco y negocia el guano con el contratista judío francés Dreyfus. Piérola, pues, llama al capitalismo extranjero como reacción contra el capitalismo nacional y sostiene impávido la agitación protestante de los perjudicados y sus poderosos elementos afines en la sociedad, el parlamento y la magistratura. Pero, apartado Piérola, el gobierno entra en una loca carrera de empréstitos y negociados y se desprestigia por estas dilapidaciones principalmente y también por sus medidas arbitrarias y hasta por la incipiente ingerencia clerical que en él se oculta.

Es así como en 1872 en nombre de una renovación administrativa -la "República Práctica" - sube al poder con gran popularidad el partido civil, que viene a ser la concreción política de la nueva clase dirigente plutocrático-aristocrática. Se ha visto ya las causas de esta popularidad. Pero sobre todo, esta popularidad hace crisis por la traición de los Gutiérrez contra Balta y por el horrendo asesinato de éste. Jefe de este partido es Manuel Pardo, hijo de un antiguo político, periodista aristocrático y poeta autoritarista. "Parece haber nacido -dice de él en 1872 Mariano Amézaga en su acerado folleto *Galería Financiera* - con dos propensiones igualmente enérgicas, la de acumular oro y la de enseñorearse en las altas regiones de la política"

El predominio de la clase plutocrático-aristocrática queda consolidado en el Perú. Como el civilismo llega a ser la concreción política de esta clase, la muerte de Manuel Pardo no acaba con dicho partido, caso distinto al de todos los demás partidos nacionales. El predominio civilista preside la gradual evolución de la moda y las costumbres bajo la influencia de España o Francia, la creciente importación del europeísmo dentro de la infer-estructura colonial inalterable.

EL CLERO

La iglesia fue la única institución de la colonia que sobrevivió plenamente en la república. Su permanencia y su raigambre símbolo son de que la república no significó una diferenciación en la estructura auténtica del país.

Dice Blanco Fombona que la emancipación fue católica en el sur y laicista en el norte: en Venezuela los frailes predicaban que los temblores eran un castigo divino contra los insurgentes y en el Río de la Plata la Virgen era nombrada patrona de las armas. La emancipación peruana fue, en eso, sureña. El alto clero combatió a la revolución: hubo obispos que lanzaron pastoral es furiosas de españolismo; en cambio del bajo clero salieron agitadores abnegados, tribunos fogosos, guerrilleros indomables.

El clero tuvo una influencia familiar y una influencia pública: por la primera le estaban abiertas las interioridades de los hogares, aun los linajudos y aristocráticos. Por la segunda, alrededor de los conventos y monasterios menudeaba una turba de gente afecta; las procesiones eran solemnes y magníficos acontecimientos populares y locales incluyendo trozos de folclore como danza de los diablos y los autos de moros y cristianos; las fiestas religiosas conmovían a la sociedad entera: el toque de oración deteniendo el tráfico y las conversaciones y haciendo arrodillarse a hombres y mujeres es el símbolo de esta época. El más definido tipo de nuestra literatura en la primera mitad del siglo XIX tiene algo de clerical: es la beata Ña Catita que pintó en una de sus comedias Manuel Ascencio Segura.

Pese a los ingresos pingües, las contribuciones de los fieles, las rentas de los bienes, los legados, las colectas, el apoyo del Estado, la Iglesia no mantenía hospitales, no extendía la caridad, no instruía a los indígenas, en gran escala. Los conventos subsistían en número casi o idéntico al crecido que alcanzaron durante la colonia, aunque con cierto relajamiento en las costumbres y decadencia en el fervor

que otrora dio lugar a las misiones en el oriente. Imperaba, en las parroquias, la práctica de las mayordomías, exigiéndose dinero para los bautizos incluyendo propinas para los sacristanes y a veces capillo o dádivas para el pueblo; cobrábanse el sacar las imágenes en procesión, las visitas, alferazgos, venta de bulas, ofrendas del mes de noviembre; eran onerosas también todas las ceremonias anexas al matrimonio y sólo responsos y derechos parroquiales merecían los cadáveres de los pobres, aunque el entierro de los más acomodados era de cruz mayor con cuerpo presente y honras de mes de duelo.

En relación con los privilegios legales de la Iglesia, la evolución del siglo XIX marca su lenta pero inexorable desaparición. El derecho de así lo, la autorización para efectuar los entierros en los conventos y otros privilegios análogos de la Iglesia habían sido liquidados ya desde la época colonial. La abolición de los fueros fue aprobada limitativamente en la Convención Nacional de 1856, después de tempestuosos incidentes con una cláusula adicional que decía "No se menoscaba la jurisdicción sobre materia eclesiástica que corresponde a los tribunales designados por las leyes canónicas; ni se autoriza para proceder a la detención ni a la ejecución de penas corporales contra personas eclesiásticas sino conforme a los cánones" (art. 6). Pero la Constitución de 1860, mucho más moderada que la de 1856, acentuó la tendencia de este principio abolicionista incluyéndolo sin taxativas.

De otro lado fueron suprimidas también en la Constitución de 1856 las vinculaciones eclesiásticas. La ley del 10 de agosto de 1856 suprimió los diezmos, las primicias y derechos parroquiales. Se discutió en 1856 y 1867 la tolerancia de cultos y significativamente la votación se repartió así: en 1856 por la tolerancia 22 votos y 46 en contra, en 1867 por la tolerancia 43 y 40 en contra.

La autorización del uso del cementerio para los no católicos, lograda por resolución de noviembre de 1868; el establecimiento de los registros civiles municipales en 1873 al lado de los parroquiales; la implantación del matrimonio civil para los no católicos hecha por ley de 23 de diciembre de 1897 y libre de su reglamento limitativo en 1903; la supresión de la prohibición para enajenar que las comunidades religiosas tenían hasta el 30 de setiembre de 1901; la tolerancia de cultos implantada desde el 11 de noviembre de 1915, señalan otros jalones en el mismo camino de liquidación de los privilegios clericales, realizada (sin apoyarse en movimientos continuos de opinión agitados por partidos estables.

Por lo demás, el clero a principios del XIX influenciado, por lo menos en ciertos sectores selectos, por el regalismo y el liberalismo que aceptaban la intervención del Estado en los asuntos eclesiásticos relacionados con la vida civil, se va tornando más tarde sumiso a Roma y rígidamente ultramontano. La declaración de la infalibilidad del papa marca la culminación de este proceso.

LAS CLASES MEDIAS

Las clases medias son prósperas y poderosas cuando las favorecen el desarrollo de la instrucción, el comercio y la industria. Ello no ocurrió en el Perú en el siglo XIX. Y las clases medias tampoco adquirieron entonces un honor beligerante. El Perú se dividió en dos capas: la capa superior, humor beligerante. El Perú se dividió en dos capas: la capa superior primero nobiliaria y luego plutocrática, y la masa. Quienes, sobre todo por la política, emergieron desde la masa se pusieron al servicio de la capa superior; y así el estatismo social subsistió bajo las inquietudes políticas.

La insipiente de la instrucción pública tuvo múltiples aspectos. Entre ellos están la escasez de escuelas, la desorientación y anarquía del plan educacional, las

deficiencias del profesorado y la desatención y anarquía del plan educacional, las deficiencias del profesorado y la desatención para sus necesidades, el olvido de la adecuación de la enseñanza a las conveniencias e interés del país, el literalismo filosofante.

El cuadro del comercio y de las industrias nacionales no ofrecía mayores perspectivas para las clases medias. Error de la época colonial había sido el considerar a la minería con única riqueza nacional por la extraordinaria abundancia de metales existentes en el Perú y por las dificultades para la agricultura a causa de la falta de agua en la costa, y lo quebrado y hostil de la sierra. Ya en las postrimerías coloniales cayó en decadencia la minería; y la destrucción de las minas de Pasco y otras durante la guerra de la independencia, la abolición legal de las mitas, la falta de capitales y de maquinas y el desarrollo posterior de la economía nacional a base del guano acrecentaron esa decadencia.

En decadencia, también, la agricultura por la falta de capitales y de brazos, por los cupos, saqueos y desórdenes de las revoluciones y la abolición de la esclavitud realizada en 1854 que pareció cerrar sus últimas esperanzas hasta que vino la inmigración china abriendo una era de enorme prosperidad. Pero como el régimen de la gran propiedad no había sufrido alteraciones, la riqueza producida entonces por el sudor y la sangre de los nuevos esclavos quedó para la minoría privilegiada. Y nunca la riqueza agraria llegó a ser más pingüe que la riqueza lograda a base fiscal.

Nuestra conformación social – económico – territorial resultó paradójicamente análoga a la de los países orientales de Europa. Como en Grecia, Bulgaria, Rumania, Serbia, Checoslovaquia, la industrialización llegó a principios del siglo XX intermitentemente, alrededor de unos cuantos focos urbanos, manteniéndose la feudalidad económica a pesar de la liberación de Turquía en los países balcánicos. Una masa aldeana, vasta, abandonada, ignorante; una historia política inestable hasta llegar a lo bufo completan nuestras semejanzas con los Balcanes. Las diferencias, para tema de la cuestión territorial, valen menos: mayor salvajismo e intensidad de vida allá.

Las semejanzas con Rusia, si bien grandes desde el punto de vista económico y aun folclórico, se atenúan en lo que respecta al régimen político. Rusia hasta 1917 no había sufrido las consecuencias de la Revolución Francesa; América Latina las había recibido por lo menos parcialmente. No debe olvidarse tampoco que la revolución se produjo en Rusia a consecuencia del profundo disloque causado por la derrota y la invasión en la guerra iniciada en 1914; y que la tradición revolucionaria era allí vieja, heroica e ilustre. Además Rusia no es un país semicolonial.

La industrialización del país no se produjo. Razones geográficas y económicas lo determinaron principalmente. La primera huelga – hecho se debió no como ocurriera en Europa por la explotación del capital la importación de los artículos elaborados en el extranjero por el capitalismo (21 y 22 de diciembre de 1859).

Extranjeros fueron los impulsores del comercio y los dueños de los servicios de transportes. Por mucho tiempo la profesión comercial fue incompatible con la calidad de "gente decente" y decir "extranjero" fue referirse a "comerciante". Nuestra sociedad careció por lo general hasta la época de Balta (1869 a 1872) de los que se ha llamado el sentido reverencial del dinero, esa preocupación absorbente por la ganancia. Predominó luego del sentido del dinero pero siempre como medio y no como fin. Y a pesar de todo, la idiosincrasia nacional aún no comprende la voluptuosidad de la empresa, que, sin necesidad material, impulsa a trabajar por trabajar a los grandes capitanes de la economía yanqui, herederos, según comentarios sutiles, del espíritu decidido y dinámico y de la seriedad mental de los puritanos.

Todo ello, unido a la prosperidad fiscal aparente marcada por el guano, favoreció a la empleomanía. Abundaron los puestos públicos no obstante de que la administración siguió lenta, desganada, enredada. El cesante y el aspirante fueron tipos populares corrientes y numerosos.

Pero si es así como no se perfilaron las clases medias, tampoco surgió el choque entre capitalistas y proletarios, sin que ello quiera decir que no hubo explotación.

El capitalismo hizo su aparición tardíamente y sólo con la navegación a vapor, con los ferrocarriles y con otras empresas públicas más que con las empresas privadas. Al mismo tiempo, y con mayor importancia acaso, hizo su aparición con los empréstitos, tan inconvenientes y funestos históricamente en el Perú. Útil en las empresas de servicio público, el capitalismo fue funesto en esta forma financiera por los intereses que cobró, por las especulaciones a que dio lugar, por lo oneroso que resultó al erario, por lo peligroso que fue para la ciudadanía. Por capitales clamaban entonces nuestra agricultura, nuestra minería, nuestro territorio entero. Ahora mismo este clamor subsiste; lo contrario sería tener gestos hastiados de don Juan Orlando se es virgen. Pero el capital necesario es el capital benéfico, el de Wheelwright, introductor de la navegación a vapor, y no el de Dreyfus, contratista fiscal.

Las clases populares. Los indígenas.

El indio no vio prácticamente la transición de la colonia a la república. Varios años después de que Rodil había arriado el estandarte español de las almenas del Real Felipe, los indios salvajes de Huanta todavía combatían por el rey.

Las procesiones, los curas, los amos, el pongaje, la servidumbre, las exacciones, el atraso en el cultivo continuaron. La legislación republicana fue un trasiego de Francia y era básica en la legislación francesa la reacción individualista contra la feudalidad. Por esa reacción tuvimos entonces las leyes que reparten las comunidades entre los indios. El Código Civil de 1852 se inspiró, naturalmente, en el Código de Napoleón; y en menor grado, en las legislaciones española y romana.

Producto no del medio, como la flora y la fauna, distante de la voz de la raza, la legislación civil ignoró a la comunidad y al indio. Así el Perú republicano fue inferior a la colonia, que tuvo abundantes disposiciones creando, siquiera teóricamente, una tutela social para la raza aborígen.

En tanto no hubo límites para el derecho de adquisición territorial, ni sanciones para la falta o el atraso en el cultivo, ni siquiera la sanción indirecta del impuesto. La feudalidad -feudalidad económica- perduró.

De otro lado, el tributo -contribución colonial- perduró oficialmente hasta 1854. Abolido en una revolución entonces, el mismo Castilla que firmó el decreto respectivo quiso restablecerlo cuando llegó al gobierno. Prado en 1866, Pardo en 1872, Cáceres en 1886, lo restablecieron efectivamente suscitando sangrientos desórdenes. Hasta ahora subsiste en parte, en forma de servicio personal.

Se ha dicho que entre lo rural y lo agrario hay diferencia. Lo agrario no está en desacuerdo con el espíritu industrial, la preocupación técnica, el dinamismo, la progresividad. Es, en suma, la técnica de la ciudad trasladada al campo. De por sí, el campo es conservador, retrógrado, imparable. Cuando se conmueve, es que la ciudad llega hasta él. A veces va a la sublevación negativa pero no a la revolución y hasta defiende el pasado como en la Vandee en Francia, en el carlismo español, en los "tejonnes" de la novela rusa. Es lo rural, lo genuinamente campesino: el hombre pegado en la gleba, orgánicamente adscrito a ella, como un ingrediente del paisaje. No se

engarfia lo rural con lo distante: ignora a la nación y al Estado hasta que le cobran el impuesto, lo reclutan para el cuartel o ve llegar a los soldados extranjeros que no suelen cometer mayores excesos que los propios.

El Perú fue, pues, rural, profundamente rural y no agrícola.

El contraste resultó enorme. De un lado, unas cuantas calles con gas, ferrocarril y miles de ciudadanos; y de otro, cientos de miles diseminadas arando la vega, escardando la huerta, empujando el ganado en la dehesa. Sólo para los primeros existieron los códigos, el parlamento, la prensa, las escuelas. El sentir y el pensar de los otros no se articularon con el sentir y pensar nacionales.

El estatismo a pesar de la emancipación tiene una explicación. En las regiones montañosas o labriegas ese estatismo es natural. En los países de llanuras el caballo, en cambio, resultó un elemento de movilización. "Si los caballos tártaros conquistaron a China y los caballos árabes fundaron el imperio de la media luna, los caballos españoles realizaron la conquista de América y los caballos gauchos y llaneros destruyeron la dominación española en el Nuevo Mundo". Este fenómeno fue visto ya por Sarmiento. "En Venezuela y la República Argentina los llaneros y la montañera han ejercido suprema influencia en las guerras civiles habilitando a las antiguas razas a mezclarse y refundirse, ejerciendo como masas populares a caballo la más violenta acción contra la civilización colonial y las instituciones de origen europeo".

LAS CLASES POPULARES. LOS NEGROS

El pueblo de la costa fue en la campiña, salvo en el sur, predominantemente negro. No tuvo la esclavitud en el Perú los caracteres crueles que en Norteamérica; basta comparar *La Cabaña del Tío Tom*, la típica novela antiesclavista, con *Matalaché*, la novela sobre el esclavo peruano, de Enrique López Albújar. Peones de las haciendas, los negros fueron también sirvientes de las casas grandes y ocuparon algunos puestos inferiores en los gremios de las ciudades. Se ha dicho que tienen los negros la ligereza, la imprevisión, la volubilidad, la tendencia a la mentira, la inteligencia viva y limitada, la pereza para el trabajo, que el niño tiene. Su influencia correspondió a esos caracteres. Impusieron sus bailes en el folclore popular; dieron al culto religioso mayor abigarramiento, mayor colorido y mayor materialismo; rodearon de agorerías y de consejas la niñez de los hijos de grandes familias; enseñaron a amar más y gozar más la vida. En resumen, fue el suyo un aporte de sensualidad y de superstición.

La emancipación de los negros en 1854 los llevó a la política. Se convirtieron en agentes de las algaradas electorales; fueron los adalides del capitulerismo criollo hecho de gritos y de embriaguez.

Más tarde, el elemento netamente negro pierde su sentido propio a causa del mestizaje. El chino, mezclado a los elementos étnicos previos en el pueblo, acentúa este mestizaje. En este sentido, Lima con sus negros, zambos, chinos y blancos, con sus zonas tan disímiles -el Cercado, Malambo, Hoyos y las nuevas avenidas- sería la ciudad representativa si tuviese un porcentaje de indígenas.

No debe olvidarse que gran parte del pueblo es mestizo en el sentido amplio de esta palabra, el que la identifica con la mezcla de razas. Esta mezcla de razas se hizo más fácil en este país donde los españoles encontraron sociedades constituidas y semicivilizadas, de tipo agrícola de población muy numerosa; fenómeno muy distinto al de aquellas regiones de América donde hubieron de vencer a gran número de tribus de carácter cazador y no agricultor, belicosas y dispersas en un territorio que no ofrecía ventajas para la vida.

Parece que todavía es necesaria la, defensa del mestizaje. Todavía hay que repetir, por lo visto, que los pueblos se diferencian de los pueblos por los ambientes y la contextura social más que por la raza. El caso del Japón asimilando rápidamente la civilización occidental es un dato sobre la permeabilidad de las razas llamadas inferiores. Cuando Grecia decayó - también se ha dicho -, ¿no era el griego de la misma raza de Pericles y de Platón? Además, la mezcla de razas significa un fenómeno viejísimo en la humanidad y hasta necesario para su marcha, que es la interferencia de las culturas y de las influencias. Si el mestizaje en algunos casos es la anemia y la maldad, en otros casos es la superación y la originalidad. Los grandes representativos de la América auténtica han sido mestizos desde Garcilaso Inca hasta Bolívar. Producto del amor y de la fusión de castas, el mestizaje llena una bella misión unitiva. Pero su advenimiento en América coincidió con un fenómeno de decadencia económica y política en España y luego con la emancipación americana lograda a pesar de inmensas dificultades y ante tremendos peligros; por eso el desgarrado carácter de su historia aún en forja y en gesta. (PPP, pp. 106-122)

LAS ETAPAS ECÓNOMICAS EN LA SOCIEDAD REPUBLICANA

La sociedad peruana, a lo largo del siglo XIX y la primera parte del siglo XX, no siguió ni pudo seguir una vida quieta. En los niveles más altos de ella hubo, por lo menos, las siguientes etapas:

- a) La pobreza general después de las luchas de la independencia y de las que siguieron en los años anteriores a la explotación del guano sin cambios jerárquicos en la estructura social excepto los derivados del militarismo, el caudillaje y la inestabilidad política y administrativa.
- b) El rápido enriquecimiento ilícito de los favorecidos con la consolidación y con la conversión de la deuda interna entre 1851 y 1853. Dicho pequeño grupo, cuyo éxito escandalizó a una sociedad aún hondamente tradicionalista más que los desbordes cínicos de épocas posteriores, no dejó huellas visibles, excepto en lo que atañe a la vida urbana y la agricultura costeña.
- c) La formación de un sólido grupo plutocrático nacional después que la consignación del guano a la Gran Bretaña le fue entregada, desde el 14 de febrero de 1861, en cumplimiento de un anhelo nacionalista expresado ya en la resolución legislativa del 10 de noviembre de 1849 y reiterada por la de 27 de agosto de 1860 en el sentido de que fuesen preferidos en los contratos sobre expendio del guano "los hijos del país". "Hay precedentes muy significativos - dijo el fiscal Manuel Toribio Ureta en un dictamen fechado el 11 de setiembre de 1869- que demuestran no ser indiferente, para las conveniencias del país, la observación de la ley protectora de los nacionales. Centenares de millones de pesos en valores de guano nacional han pasado por las manos de las consignaciones Gibbs. *Éstos han quedado opulentos en Londres, y de esa opulencia no se ha formado en el Perú la pobre fortuna de un aldeano. [*]* [Las cursivas son nuestras.]. Recuérdese que el anhelo de entregar el guano a los "hijos del país" fue expresado ya en 1849. Por desgracia, no fue sana la política de la Compañía Nacional de Consignación; y en 1869 el Estado, cuando era Ministro de Hacienda Nicolás de Piérola, le entabló un juicio en Londres que pasó por largas alternativas hasta que en 1879, por una oscura maniobra llamada "transacción", la casa Thomson Bonar, que había sido agente de los consignatarios, abonó al Tesoro peruano una suma de dinero.

[*] Alfredo Gastón: *Compilación de las Vistas Fiscales que en materia judicial y administrativa se ha expedido en el Perú desde el año de 1840 hasta 1870, por los doctores D. José Gregario Paz Soldán y D. Manuel Toribio Ureta.* V. 11, Lima, Imp. del Estado. 1875, pp. 562-563

- d) La apropiación en la región serrana del país, por un pequeño número de antiguos y nuevos dueños de tierras que antes pertenecieron a las comunidades indígenas, al Estado, a la Iglesia, a las municipalidades y a las beneficencias. Este fenómeno de neolatifundismo tuvo continuidad a lo largo de toda la época republicana y se acentuó al finalizar el siglo XIX y al empezar el siglo XX. Las masas rurales empobrecidas quedaron como mano de obra servil en los grandes dominios agrícolas u optaron por la emigración.
- e) El auge de la agricultura de exportación del algodón y del azúcar con la mano de obra servil china en la época inmediatamente anterior a la guerra con Chile, entre cuyas causas estuvieron: e1) el fenómeno anterior de las generosas compensaciones que los propietarios habían obtenido después de la manumisión de los esclavos; e2) la plutocracia formada en los negocios del guano; y e3) la aparición y el desarrollo incontrolado de los bancos que comenzaron emitiendo moneda de papel cuya fase final vino a ser su conversión en papel moneda, es decir, en billete fiscal. Hay que agregar a los fenómenos anteriormente mencionados la importancia adquirida por la propiedad urbana, sobre todo en la capital. El proceso esquematizado aquí y en detalle tratado por la *Historia de la República del Perú*, se cumplió en un sentido más diversificado de lo que se cree. Se ha hablado, por ejemplo, acerca de la trayectoria de las plantaciones trujillanas patriarcales y coloniales inicialmente especulativas y librecambistas más tarde. En realidad, el desarrollo agrícola en la Libertad y Lambayeque tuvo entre sus pioneros al alemán Luís Albrecht; a los hermanos Larco, italianos con hijos peruanos; a un chileno, Ramón Aspíllaga, cuya descendencia también se incorporó a la vida nacional; y al inglés Enrique Swayne, que no puede ser considerado como tal ya que su familia, asimismo, se peruanizó.
- f) Los enriquecimientos en los finales de la década de los 860 y en la de los 870 con las dispendiosas leyes sobre obras públicas y ferrocarriles y con la expropiación de salitreras [*]
- g) La miseria general después de la catástrofe que significaron la guerra con Chile (1879-83) y la ocupación de gran parte del territorio del Perú (1881-83).
- h) La resurrección e incremento en la agricultura de exportación del algodón y del azúcar, en notorio progreso ya a fines del siglo XIX y en las décadas iniciales del XX a base de los contratos de enganche de indígenas y mestizos, horribles al principio para ir mejorando relativamente en épocas posteriores. Ello estuvo acompañado por la tecnificación, a veces notable, en la agricultura costeña.
- i) Después de la primera guerra mundial fue más notorio el tránsito a una economía capitalista moderna en dicha región geográfica. Así resultó favorecida, de una parte, la formación de masas obreras sindicales (agrícolas e industriales) primero muy limitadas en su organización, que fue más tarde ampliada; y se desarrolló también una clase media ciudadina gracias al rápido proceso de urbanización que no llegó en forma intensa a la sierra, donde perduraron estructuras económicas sociales arcaicas.

En el ámbito político la etapa 1899-1919 implicó el apogeo del partido civil, cuya figura representativa fue el Presidente de la República en 1904-1908 y 1915-1919, José Pardo, hijo del fundador de esa organización y dueño de la

[*] En su *Diccionario de Peruanismos*, Juan de Arona incluye la palabra "Consolidado" como "peruanismo histórico-político-fiscal" para referirse a los enriquecidos con la ley de consolidación de la deuda interna. Para agrega: "Algo análogo debía repetirse en los decenios del 60 y 70 Y también con el pretexto de alguna ley, la de obras públicas o ferrocarriles y la de expropiación de salitreras". Juan de Arana, *Diccionario de Peruanismos*, Librería francesa, J. Calland, Lima, 1884, pp. 122 Y 123.

hacienda Tumán. En algunos salones de Lima entonces sólo se recibía a gente rica y además con linaje, aunque fuera republicano y guanero, y se negaba el acceso a quienes sólo tenían la credencial de su prosperidad reciente. El nivel de las grandes fortunas se elevó grandemente en el transcurso de la primera guerra mundial acompañado sólo en unos cuantos casos (Fernandini, Rizo Patrón, Proaño, Osma y otros) por el éxito de peruanos en la minería, por lo general entregada libremente a capitales extranjeros que por vez primera en la vida republicana fueron, a partir de comienzos del siglo y en forma creciente, a la exportación en gran escala y no controlada de ese tipo de producción.

- j) El desplazamiento en el poder político de la aristocracia plutocrática, sin mengua de su fuerza económica y social, se opera durante el oncenio de Leguía (1919-30) acompañado por un notable crecimiento en el poder del Estado, el desarrollo de la burocracia, la modernización de la capital y el incremento del capitalismo norteamericano. Al amparo, de este régimen se esboza una nueva plutocracia de base política y mesocrática, en gran parte deshecha por la crisis mundial iniciada en 1929 y por las persecuciones sistemáticas de 1930-31.
- k) El inmovilismo en la situación de la sierra, donde la gran mayoría de la población se compone de campesinos sin tierras o con tierras insuficientes, que constituyen la mano de obra servil de los latifundios. El poder económico, político y cultural sigue monopolizado por los grandes propietarios generalmente ausentistas y por sus administradores mestizos. Dentro de este contexto las masas indígenas representan, no obstante su gran número, un grupo étnico-cultural generalmente monolingüe y analfabeto que no tiene derechos políticos ni sabe lo que son los sindicatos.
- l) La reafirmación de la plutocracia costeña, merced al aumento de los negocios, del desarrollo en el poderío bancario y de una incipiente industrialización a partir de 1933, fecha en que concluye la depresión mundial. A partir de esta época se acentúa notablemente la no discriminación de los orígenes sociales de quienes tenían la fuerza del dinero. La plutocracia no es ya plutocracia aristocrática sino acoge a quienes tienen origen más modesto aliado de su fortuna reciente. Predominan grupos comerciales, bancarios e industriales favorecidos con la economía de exportación, los negocios especulativos, las urbanizaciones y los contratos relacionados con el Estado. Esta plutocracia se caracteriza, además, porque desde 1931 abandona la dirección formal de la vida política al militarismo o a quienes el militarismo tolera, por su ceguera, por su ausencia de respaldo popular y por su espanto ante una supuesta revolución social. Es visible también en esta época que, en el campo cultural, se intensifica el interés por la gente de las clases medias, por el pueblo y por el país auténtico.
- m) Después de 1950 el Perú experimenta lo que se ha llamado una nueva ola de movilización social. Su exponente más visible es el éxodo de centenares de miles de campesinos a la región costeña. A partir de esta época las masas rurales de los departamentos del interior empiezan a tomar conciencia de su situación y poco después surgen clamores por el cambio radical de las estructuras socioeconómicas. De otro lado, el crecimiento económico de los años 1950-60 y, en especial, el progreso de la industrialización y el desarrollo de actividades terciarias (públicas y privadas) generan nuevas capas dentro de las clases medias: técnicos, funcionarios, educadores, estudiantes, intelectuales, gestores de negocios, etc. Estos flamantes grupos ayudan a la aparición de un multipartidismo, o sea el surgimiento de nuevos partidos políticos sin que en ellos actúe, como fuerza directora, la plutocracia. Ella

continúa de hecho sin dirigir la cultura, salvo aisladas excepciones notables, y se resigna a no ser sino una clase económica dirigente; permite por lo tanto la integración progresiva de algunos grupos movilizados en el sistema social y político; al mismo tiempo, negocia con los hombres públicos más diversos y adquiere una fuerza de arbitraje; [*] mientras que, por su parte, el industrialismo se convierte en la década del 60 en un auténtico grupo de presión con el incremento de la pesquería. (PPP r., pp. 334-340)

3 CRÓNICAS NACIONALES

La emancipación

En las postrimerías de la dominación española, las características esenciales del Perú, como las del resto de América ibera, eran las de una sociedad agraria de fondo feudal [**] y con un comercio que, tradicionalmente orientado, en su sector más vigoroso, hacia la metrópoli, estaba empezando a incrementar sus actividades en otras áreas. El virreinato peruano, como es bien sabido, había sido perjudicado por las reformas emprendidas durante la época de los Borbones. La agricultura mercantil no había alcanzado aquí una proporción alta, si se miraba el panorama económico en conjunto. Dentro de la población existía una masa, o sea un fuerte porcentaje de campesinos marginados, entre los cuales ejercían sus efectos largos años de subordinación a una alta clase propietaria, estado de cosas mantenido por realidades históricas, pese al generoso proteccionismo que las leyes brindaron teóricamente al indígena y que no tuvo alteraciones, si bien hubo cambios relativos durante el transcurso del tiempo en el seno de esa alta clase, desde el siglo XVI. LA Revolución de la Independencia, en muchos aspectos, aunque no en todos, se inspiró en la Revolución Francesa. Ésta, a la larga, produjo no sólo el colapso del absolutismo monárquico sino, lo que fue en verdad más importante, el aniquilamiento del poder político de la aristocracia terrateniente y el enorme desarrollo, aunque fuese ulterior, de la agricultura comercial, libre de ataduras preindustriales. Así revolucionariamente, aunque sin llegar a los extremos, Francia, como antes Inglaterra dentro de muy distintos cauces y como los Estados Unidos en una evolución propia, entró si bien no en emerger súbito, ya que se presentaron distintas alternativas a lo largo del siglo XIX, en el plano de la democracia capitalista, es decir, la democracia occidental [***]

La emancipación en el Perú cumplió, al fin, con la finalidad de romper las ataduras con España, como ocurrió en los otros países hispanoamericanos excepto Cuba y Puerto Rico, después de áspera lucha que aquí duró largos años, arruinó buena parte de la agricultura, la minería y el comercio nacionales y empobreció todo el país ya afectado por el proceso iniciado desde comienzos del siglo. Esto no bastaba. Había que erigir un orden nuevo. Parte de la nobleza viajó a la antigua metrópoli y, lo que fue más grave, un sector de la burocracia hizo lo propio, con lo cual el flamante Estado peruano sufrió una erosión en sus fuerzas dirigentes. Pero ocurrió algo más. Entre los aristócratas que permanecieron en el país no faltaron quienes, tarde o temprano,

[*]Philippe Spaey *L'élite politique peruvienne*, Editions Universitaires, 1972, pp. 76-90.

[**]Una referencia a la feudalidad agraria fue hecha en *La Multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú*, discurso de 1829, pp. 121-125 en la edición de 1947. Al respecto, el autor sostuvo una polémica con el Dr. Arturo García Salazar, en *Nueva Revista Peruana*, Lima, No 2, octubre de 1929. Véanse pp. 225-226 en el v, I de *Historia de la República*, 6a edición

[***] Un importante estudio sobre los orígenes revolucionarios de la democracia capitalista en los tres países citados, en comparación con la evolución de China, Japón y la India, en 'el excelente libro de Barrington Moore Jr. *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Bastan, 1967, Beacon Press

hicieron causa común con los ejércitos que defendían al antiguo régimen en cuyo seno había no pocos peruanos; o, de un modo u otro, se acercaron al pasado en la búsqueda desesperada e ilusa de una solución intermedia. Riva-Agüero y Tagle, los dos primeros presidentes de la joven república, caracterizados por su inicial entusiasmo independentista que tuvo fecundas proyecciones, acabaron como acérrimos enemigos; y ambos, por distintas circunstancias, estuvieron lejos de las tropas que vencieron en Junín y en Ayacucho. Muchos de los personajes de la alta clase limeña y no de los menos destacados y, en el fondo de su alma, otros que continuaron hasta el final en el bando patriota, junto con intelectuales y sacerdotes dispersos y otros individuos, también fueron reacios a romper de modo abrupto con la tradición y a extremar la "subitaneidad del tránsito". Hubiesen querido que la independencia (por ellos anhelada sinceramente) hubiera sido guiada en sus primeros pasos por una monarquía. Su sueño no fructificó. No fue más que eso: un sueño. Su cumplimiento no habría sido posible, por antihistórico; En el caso de realizarse, no habrían emergido, como por encanto, la paz y la estabilidad tan anheladas y sí, en cambio, el mantenimiento y la vigorización de los privilegios seculares que, a pesar de todo, fueron disolviéndose a través de los años, aunque, de hecho, no totalmente y para ser suplidos por otros [*]. Por otra parte, la implantación del sistema republicano liberal en sus formas ortodoxas, tal como aparecen en las Constituciones de 1823, 1828, 1834 y siguientes, no correspondió a las características de una terca realidad, no funcionó o funcionó mal.

Las condiciones para que el optimismo liberal floreciera en los hechos no existieron [***]. En el vacío que se produjo, emergieron el militarismo y el caudillaje. El capitalismo llegó como fenómeno mayormente extranjero. El industrialismo nacional sólo pudo alcanzar parvo, penoso y tardío desarrollo. La agricultura comercial, cuyo crecimiento en la zona de la costa empezó en años posteriores a la emancipación misma, durante la década de los 1850 y 1860, por razones que serán explicadas más adelante, no logró estar libre de ataduras preindustriales sino hondamente ligado a ellas. El Perú no fue Francia, ni política ni, sobre todo, social y económicamente. No se cumplió aquí el proceso que para el vigorizamiento de la democracia capitalista señaló Barrington Moore en Inglaterra, Francia y Estados Unidos. (BD, pp. 183-185)

Coordenadas de la primera república

Los hombres que hicieron la independencia dotaron al Perú, como a los demás países hispanoamericanos, de una Constitución de tipo republicano. Un Presidente de la República elegido por los pueblos en votación indirecta; un Parlamento dividido en Cámara de Senadores y Cámara de Diputados por directa votación popular; las garantías individuales más o menos celosamente defendidas: he aquí los marcos constitucionales para el Estado naciente.

[*] El autor de este libro enumeró las razones por las cuales objetaba la panacea monárquica en las pp. 71-76 de *La Iniciación de la República*, v. 1, Lima 1929

[**] Véanse las pp. 206, 226, 246, 273-74 del v. I de *Historia de la República*, 6.a edición y sobre todo, las pp. 291-92 del v. 11 de la misma obra. Mucho tiempo antes en los párrafos finales de un ensayo titulado "Apuntes sobre la monarquía en el Perú" que apareció en *Boletín Bibliográfico* de setiembre de 1928, el autor señaló cuáles fueron, a su juicio, las ventajas y las desventajas en el pensamiento de los partidarios del "gobierno fuerte", y de los liberales en la primera parte del siglo XIX; y la conveniencia de que hubiera habido "un Estado fuerte pero identificado con el pueblo, para realizar con energía y poder una obra democrática". En 1951, en el extenso prólogo que acompañó la edición de la obra *Historia de los partidos*, de Santiago Távara, insistió en el fracaso tanto de los liberales como de los autoritaristas en el Perú, así como en la perdurabilidad del liberalismo como tradición y en la transitoriedad del liberalismo como partido (pp. LXVIII-LXX). En un artículo aparecido en *Amauta*, No 6, de febrero de 1927 con el título de "Caudillaje y acción directa", afirmó que el caudillaje era el resultado del choque entre la democracia y la realidad criolla, un "modo elemental de acción directa". Con todas sus impurezas, desplazó, en alguna forma, a la oligarquía y, a su modo, encumbró, siquiera políticamente y aunque fuera por corto plazo a la clase media, expresó el mencionado artículo de 1927.

La realidad se rebeló contra tales cánones. La abundancia de militares a causa de la guerra larga con España, la falta de entrenamiento y de hábito en el gobierno propio, el desborde natural después de una sujeción de siglos, la ignorancia que sobre los principios de la ciudadanía tenían las grandes masas, la avidez de poder en muchos militares, y políticos, la impotencia del Estado para defenderse, las grandes distancias favoreciendo el particularismo, el choque entre los nacionalismos limítrofes y una serie de factores análogos contribuyeron a que las Constituciones se aplicaran sólo parcial o eventualmente.

El ejército se volvió el Gran Elector: sus "pronunciamientos", aunque sucesivos y contradictorios, tuvieron sus ritos. Entre ellos figuran las *actas* o documentos en que una guarnición o un vecindario expresan los motivos para el pronunciamiento o rebaten los argumentos emitidos a favor de él; las *proclamas* o comunicados de los caudillos o jefes alentando a sus partidarios, conminando al país, condenando a sus enemigos; y los *partes* o relatos oficiales sobre el curso y resultados de los combates y batallas, verdadera sustitución de las gacetillas periodísticas, desconocidas entonces.

Las facciones en lucha reclutan su contingente humano en primer lugar con el aporte de jefes y oficiales ávidos de poder y de figuración. La masa está compuesta por indios enrolados a la fuerza, ignorantes a veces del castellano y de la causa que defienden. También, por vagos y aventureros. A veces, van al vivac y a la campaña artesanos y estudiantes de las ciudades, ilusos y generosos. La infantería es el arma predominante en el ejército y sus marchas por el territorio inmenso son increíbles; la caballería tiene más bien un rol decorativo y espectacular; y la artillería sólo adquiere importancia para, el asedio de las ciudades, sobre todo después de 1866. En cuanto a la marina, a pesar de la costa extensa del Perú y de la experiencia recogida en las guerras entre la Confederación Perú-Boliviana y Chile, apenas sirve para una secundaria misión de transporte y de bloqueo.

El abigarramiento criollo pone su ironía chirle en el escenario –arenales desolados de la costa, quebradas y desfiladeros ásperos y cerros altísimos en la sierra, callejuelas con acequias en las ciudades solariegas, huraña soledad en los villorrios- y también en el jipijapa aliado del morrión, en el poncho sobre la casaca, en la ojota junto con la bota, en la honda junto con el cañón. [*]

Los pronunciamientos son capitalinos o provincianos. Rápidamente se resuelven los primeros; significan la liquidación de un régimen caduco o la desesperada intentona por prolongar la vida de él (1827, 1834, 1842, 1872). Los segundos significan la guerra civil. Por lo general, su solar es Arequipa. "Si la revolución pasa de Ayacucho, la cosa es grave", dícese entonces. En caso de que el gobierno esté fuerte, busca a los revolucionarios; si está débil, los espera. El propio Presidente de la República manda al ejército gobiernista. Es el "tirano" o el "usurpador" de que hablan las proclamas revolucionarias.

La revoluciones importantes pueden tener dentro de motivos más o menos complejos tres matices predominantes: el matiz *nacionalista*, invocando la patria frente a la negociación traidora con el enemigo o la prepotencia humillante del extranjero en la vida nacional (1827, 1829, 1835-38, 1865); el matiz legalista, o sea la defensa de la Constitución y la ley frente al despotismo (1834, 1844); o el matiz *moralizador* frente al peculado y al derroche (1854). Pocas son las revoluciones personales; ellas actúan sobre todo en los momentos de anarquía, cuando desastres internacionales han repercutido duramente en la política interna (1842, 1881).

[*] El desarrollo de esta vista de conjunto está en los libros del autor, *La Iniciación de la República* y *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú*. En especial, se recuerda que en el primero de dichos libros hay una interpretación del caudillaje

Ese fallo decisivo que las Constituciones asignan a los comicios electorales es adjudicado por la realidad a las batallas. Sólo por raras circunstancias la revolución triunfa o acaba sin batallas: el abrazo de Maquihuayo en 1834, el pronunciamiento simultáneo y pacífico de todo el país en 1843, la "huaripampeada" de Prado a Pezet en 1865, es decir, la burla que el ejército revolucionario hizo a su enemigo, esquivando el combate para proseguir su avance victorioso. Batallas confusas son aquellas aunque los nombres más celebres de la antigua Roma y de las guerras napoleónicas figuran con frecuencia en los discursos, y aun Balta en Otuzco en 1867 dijo a las tropas gobiernistas que lo perseguían y que le pidieron la rendición de sus armas: "Vengan a tomarlas". Las posiciones estratégicas contribuyen al éxito; pero otras veces un rasgo de valor o de audacia en el momento culminante resuelve todo. Por otra parte, la tradición habla de casos en que los jefes se dan a la fuga con demasiada precipitación; y en la batalla de Agua Santa en 1842, esa fuga fue simultánea en ambos bandos. Sin partidas de exploración, sin líneas de avanzada, sin mapas, los ejércitos dependen mucho de los guías o prácticos en el terreno.

No es raro, tampoco, el empleo de espías en el campo enemigo destina dos a dar informes falsos para inspirar temor o confianza.

Resuelta la campaña, el vencedor entra en la capital, oye un "Te Deum" en la Catedral, recibe las arengas de los personeros de las corporaciones, que acaso felicitaron también a su antecesor y rival. Enseguida reparte puestos entre sus adeptos más cercanos y convoca a un Congreso - muchas veces a una Constituyente - y obtiene fácilmente la elección "constitucional"

Cronológicamente, hay tres períodos durante la etapa militar de la república. En el primer período (1827-1841) motivos de orden geográfico-político intervienen decisivamente. Cuáles serán la extensión, los límites, los caracteres del Estado republicano formado sobre la base del antiguo virreinato del Perú; he ahí el problema capital de esos años. Por fin, con la caída de la Confederación Perú-Boliviana y, de otro lado, con la batalla de Ingavi, en que el Perú es derrotado en su plan de dominar a Bolivia, concluye este período. En su transcurso ha florecido la rivalidad Santa Cruz-Gamarra, emergente desde 1829 después de comunes esfuerzos hasta 1837.

El segundo período, con la nacionalidad definida, se caracteriza por la preponderancia de Castilla y su rivalidad con Vivanco, la prosperidad económica mediante el auge del guano, la acentuación de la lucha entre conservadores y liberales (1841-1862).

En tercer lugar, el predominio militarista pasa por una etapa de decadencia, coincidente con los primeros síntomas del malestar financiero y con el conflicto con España y la amenaza del monarquismo imperialista europeo en América (1862-1868). (PPP, pp. 25-29).

1835-1839: *El Perú dividido en tres facciones.*

Quienes sostienen que el Perú pasó del poder de España al poder de Inglaterra han hablado de un predominio avasallador del capital inglés desde la independencia y resultan desmentidos, en lo que su afirmación tiene de, absoluta, por diversos hechos, entre ellos el muy importante de que el gobierno británico trató de proteger a la Confederación Perú-boliviana, a pesar de lo cual triunfaron los emigrados peruanos partidarios de Perú surgido en 1822, con la decisiva ayuda de Chile; así la

Confederación quedó eliminada para siempre en 1839, cuando estaba resuelta la intervención armada de Inglaterra a favor de ella [*].

El Perú pareció próximo a desintegrarse al avanzar Santa Cruz en 1835 victorioso sobre Gamarra y Salaverry. Luis Monguió ha escrito cosas muy pertinentes a propósito del papel decisivo que según Valdivia, en ese momento representó José Joaquín de Mora (3360). Comenzó entonces el proceso integracionista que condujo al experimento confederal. La amenaza escisionista volvió, sin embargo, durante las negociaciones e intentos de negociaciones entre Santa Cruz y los chilenos antes de Yungay y después de esta batalla. Al respecto, Vicuña Mackenna publicó noticias secretas en artículos que Paz Soldán incluyó en su libro (3243); y hay datos en otras fuentes, entre ellas, las memorias de Echenique y, sobre todo, la valiosísima y reveladora correspondencia entre Santa Cruz y el vicepresidente Calvo en 1838, dada a conocer por éste en su folleto *La Proscripción y la defensa de Mariano Enrique Calvo* (Sucre, 1840). El peligro sobre el Perú en esta época no se redujo a lo anteriormente recordado, sino tuvo otra expresión en las ideas de Belford Hinton Wilson reveladas en la reciente tesis de Celia Wu, en el sentido de que este país debía desaparecer. Los peruanos se dividieron no en dos sino en tres facciones: la que apoyó a los chilenos, la que optó por aliarse con los bolivianos y la minoría que pretendió enfrentarse a unos y a otros. Este último partido presenta uno de sus mejores documentos en el manifiesto de Domingo Nieto (3070). De dicho personaje se incluyen en el texto de *Historia de la República del Perú* (6.a edición) dos reveladoras cartas con detalles íntimos sobre la batalla de Guía [**].

La aparición de siete presidentes simultáneos en un momento del año de 1838 no revela, como se ha querido sostener, que el país estaba fragmentado en una serie de "archipiélagos" autónomos alejados entre sí: Surge como resultado de que, precisamente, en escala nacional, estaban en lucha desordenadamente los tres bandos antedichos; además, la Confederación había creado un Protector, sendos Presidentes para las dos repúblicas peruanas y en la del norte hubo dos personajes con el mismo título. El estado era de anarquía; pero las tendencias predominantes bajo ella se orientaban, a pesar de todo, en sentido centrípeta y no centrífugo. Sobre el fenómeno de los siete presidentes, los libros que lo destacaron fueron primero *La Iniciación de la República*, y luego la *Historia de la República del Perú*.

Al final, ni el integracionismo con Bolivia, ni el separatismo del sur ni el desquiciamiento predominaron. Triunfó la restauración. ¿Desdeñable "historia de los acontecimientos"? ¿Superficial historia política que ignora la de las estructuras? En todo caso, revela cómo el Perú fue el Perú. (BD, pp. 243-244)

Relaciones entre el Sur del Perú y Bolivia

Es frecuente, cuando se alude a las circunstancias que favorecieron la invasión dirigida por Santa Cruz en 1835, mencionar los vínculos entre Bolivia y Perú.

[*] La actitud de los diplomáticos, cónsules y comerciantes británicos en el Perú y el, Bolivia no sólo fue resuelta sino activamente favorable a Santa Cruz. El representante de aquel país en Lima, Belford Hinton Wilson, perteneció al círculo íntimo del Protector e hizo cuanto pudo para ayudado aun después de la batalla decisiva de Yungay. Para elaborar un nuevo Reglamento de Comercio que eliminara al anterior, caracterizado por un rígido proteccionismo, fue nombrada en 1836 una comisión, muchos de cuyos miembros eran británicos. El proyecto rápidamente aprobado, redujo drásticamente los derechos sobre diferentes e importantes artículos venidos del extranjero. También favoreció a la actividad mercantil la eliminación de las barreras entre las aduanas del, Perú y Bolivia. El tratado llamado "de amistad, comercio y navegación" entre la Gran Bretaña y la Confederación suscrito en 1837 suscitó el entusiasta elogio del ministro Palmerston en nombre de los principios del libre comercio. Cuando la existencia del flamante Estado sudamericano corrió peligro, Wilson participó en los esfuerzos para salvarlo tratando de evitar la guerra. La decisión que adoptó su país en el sentido de intervenir por la fuerza con el propósito de impedir ese derrumbe, fue tardía pues ya se había librado la batalla antedicha. Este dato que ya había sido consignado por nosotros antes de Ramírez Necochea, ha sido confirmado también por los documentos oficiales de Londres por W. H. Mathew en su estudio "The Imperialism of Free Trade: Perú, 1820-70", publicado en *The Economic History Review*, diciembre de 1968, p. 567. Aquí queda rectificado Luis Monguió en su notable libro *Don José Joaquín de Mora y el Perú del Ochocientos*

[**] *Historia de la República del Perú*, v. 11, pp. 157-158

Cuando en 1777 el virrey de Río de la Plata prohibió la exportación de oro y plata no elaborados a cualquier lugar excepto Buenos Aires, el comercio entre las dos grandes comarcas que llevaban el mismo nombre peruano quedó muy afectado. Sin embargo, no murió. De unas informaciones estadísticas que el Ministro de Hacienda boliviano entregó en 1827 al inglés J. B. Pentland ya aparece que el costo del transporte al nivel de 100 libras por mercaderías era más bajo y por lo tanto ofrecía más ventajas cuando efectuábase a través de la ruta peruana de Arica, que cuando optaba por la de Buenos Aires:

BUENOS AIRES A:		ARICA A:	
Potosí	S/. 16.4	Potosí	S/. 16.4
Chuquisaca	S/. 19.0	Chuquisaca	S/. 16.4
BUENOS AIRES A:		ARICA A:	
Oruro	S/. 22.0	Oruro	S/. 13.4
Cochabamba	S/. 25.0	Cochabamba	S/.13.4
La Paz	S/. 26.0	La Paz	S/. 7.02

El puerto de Arica, fundado en el Océano Pacífico en 1535, en una esquina de una vasta llanura con abundante provisión de agua, la mejor zona entre el Callao y Valparaíso, según se dijo con exactitud en los días coloniales, alcanzó una brusca prosperidad desde 1546 con el descubrimiento del Cerro Rico de Potosí. Su relación con el altiplano tuvo otras facetas distintas aparte de la puramente mercantil. Funcionarios y empleados de la Audiencia de Charcas viajaban de allí a cumplir sus tareas, en vez de arriesgarse a la travesía de 1,500 millas desde Buenos Aires. Era el punto final en el camino del altiplano, a través del oasis de Tacna y por ahí pasaba el tráfico desde La Paz, Cochabamba y las zonas más densamente pobladas de la región. La fruta, el azúcar y las aceitunas de los jardines irrigados en Azapa y demás distritos ariqueños al lado de otros productos y hasta el mercurio de Huancavelica, remitido por la vía de la costa, subían en mulas y llamas al Alto Perú. Adicionales rutas de enlace entre el Pacífico y la antigua Audiencia de Charcas hallábanse en el sector del lago Titicaca que unía a La Paz con Puno, Cuzco y Arequipa. Subían por todos esos caminos alimentos y objetos importados; y bajaban otros alimentos y, además, minerales y coca. Arequipa era tradicionalmente un centro mayor de relaciones mercantiles, interrumpidas por breve tiempo en los días finales del coloniaje cuando un señor apellidado Coteró, gracias a su poder ante el virrey La Serna, elevó los precios y así favoreció la gravitación de los mercaderes de Buenos Aires sobre el Alto Perú. Cuando vino la independencia, ya se normalizaron las Gosas; y el bloqueo del Río de la Plata llevó al crecimiento de los contactos antedichos [*]. Ellos eran de múltiples tipos. El cónsul Ricketts escribió al ministro Canning en mayo de 1826 que Cochabamba debía ser la capital de la república erigida por Sucre y por los doctores de Chuquisaca en vista de que era más central que la docta ciudad y tenía más fáciles comunicaciones con Arica. [**] Su clima es templado y desde tiempos atrás servía como granero para el Alto Perú. Moquegua exportaba gran parte de sus licores, su aceite y sus aceitunas no al norte sino al mercado relativamente cercano que fue extranjero desde 1825.

[*] c. M. Ricketts a George Canning, Lima 27 de diciembre de 1826. Documento inédito del Foreign Office transcrito por V. Fisher, ob. cit., p. 24

[**] c. M. Ricketts a George Canning, en J. V. Fisher, ob. cit., p. 27

En cambio, si las relaciones económicas entre el Sur del Perú y Bolivia eran las que brevemente se indicó, aquella porción del territorio nacional tenía menos contactos de este género con el norte en los años 1835-1839 y en los precedentes. La navegación a vapor no había llegado a la costa occidental del Pacífico. Los caminos eran largos y difíciles, a través de la fragosidad de los Andes. No habían sido concebidos en estas comarcas el ferrocarril ni el telégrafo Pero los factores geográfico-económicos resultaron de menor efecto, en el caso aquí estudiado, que los elementos de tipo militar, geopolítico, político e internacional.

Los factores militares e internacionales en el derrumbe de la Confederación

No es descabellado suponer que, sin la formidable y tenaz enemistad de Chile, Santa Cruz hubiera podido sostener, proseguir y ahondar su vasto plan, más próximo al grandioso ensueño de Bolívar aunque sin su irradiación hacia la Gran Colombia que al esquema de Sucre (captura de Arica con la división del Perú en dos estados y, si fracasaba esta fórmula, una liga con Chile y Argentina, según lo comprueba la declaración del Gran Mariscal de Ayacucho fechada el 4 de abril de 1827).

Chile y en mucho menor grado las Provincias del Río de la Plata, que también fueron a la guerra contra la naciente Confederación, pusieron en la balanza el peso de su fuerza guerrera (en el caso de Chile, además, el de su superioridad marítima, el de su buena organización administrativa y el de la eficiencia de sus soldados y de sus jefes). Al mismo tiempo, estos adversarios internacionales dieron a los enemigos internos que la Confederación tenía en el Perú y en Bolivia un estímulo enorme; y contribuyeron a la decisión de muchas voluntades que, en el caso de verse aisladas, habrían sido, por cierto, más cautas. Por otra parte, al verse envuelto en incesantes guerras internacionales, Santa Cruz perdió el argumento esgrimido a su favor dentro de la política interna: la necesidad de establecer el orden y la paz. La Confederación apareció unida a cruentos recuerdos desde que empezó derramando sangre peruana, identificada primero con los adeptos de Gamarra y luego con la persona misma de Salaverry y sus jóvenes secuaces. [*]

Tampoco cabe menospreciar las alternativas de la guerra de 1837-39. En la primera campaña Santa Cruz no se decidió a trocar su propicia situación estratégica en una victoria implacable; y optó por firmar un pacto transaccional, suscrito en Paucarpata que luego Chile desconoció. De la segunda campaña, dicen los críticos del Protector que inicialmente no utilizó éste algunas oportunidades favorables; que cometió en seguida el error de apresurarse en la persecución al ejército del general chileno Bulnes hasta Yungay (sin duda, ante el temor de algunas defecciones en el sur del Perú o en Bolivia); y que en Buín y en Yungay cayó vencido. Santa Cruz, al frente de un ejército, era buen comisario o administrador; pero guerrero mediano. Hubo, además, en el duelo entre Chile y la Confederación, que era en realidad un duelo entre Portales y el mariscal paceño, una circunstancia que quizá fue la decisiva. Él y sus huestes venían de los Andes; en cambio, el vehículo de las dos expediciones chilenas fue la escuadra. Visto esquemáticamente, fue el choque entre la cordillera y el mar. Santa Cruz podía presentar soldados iguales o similares a los del ejército de la Restauración; pero su marina era notoriamente inferior y lo dejó condenado a una estrategia defensiva. La simpatía que hacia él evidenció Inglaterra, representada por fa tardía gestión pacifista de ese país, no tuvo tiempo para alterar la realidad geopolítica de un mayor contenido moderno en la estructura de Chile.

[*] El más elocuente testimonio del sentimiento netamente peruano en la lucha contra Santa Cruz fue la carta que envió Andrés Martínez a Orbegoso, como Secretario General de Salaverry, con fecha 22 de enero de 1836 (*El Republicano*, Arequipa, N.º 10, 16 de marzo de 1839).

Cabe mencionar, además, una serie de hechos que contribuyeron con una eficacia cuyo volumen no se puede determinar matemáticamente, pero que cabe suponer de todos modos muy fuerte, en el desenvolvimiento del acontecer histórico.

Factores demográficos y comerciales

Según las matrículas actuadas por el cobro de los impuestos en 1836, la población de los departamentos que integraron al Estado Sud-Peruano fue la siguiente:

Habitantes

Ayacucho y Huancavelica	159.608
Cuzco	216.382
Puno	156.000
<u>Arequipa y Moquegua</u>	<u>136.812</u>
SUMA	568.812

Las cifras demográficas en los departamentos y provincias litorales dentro del Estado Nor-Peruano resultan mayores:

Habitantes

Lima y Callao	151.718
La Libertad	162.429
Amazonas	71.267
Piura	53.815
Ancash	121.462
<u>Junín</u>	<u>144.243</u>
SUMA	704.934 [*]

Más notable fue la diferencia en lo que atañe al movimiento de las importaciones y las exportaciones, como se deduce de los datos consignados por el marino sueco Carl August Gosselman después de su visita en 1837 a la "República Perú-boliviana". Los más altos ingresos del estado provenían de la aduana del Callao. Según este autor, las casas de comercio del Perú con negocios en el extranjero "están establecidas en Lima y tienen sus agentes en los puertos importantes situados en la costa". Gosselman dio los nombres de cuatro casas inglesas, dos norteamericanas, dos francesas y una española entre las de mayor volumen y agregó: "De los comerciantes del país no hay ninguno que haga negocios en el extranjero".

La opinión pública en el Sur

Hay señales inequívocas de que en Arequipa tanto la alta clase como el pueblo simpatizaron con Santa Cruz y la Confederación. En dicha actitud influyeron, sin duda, las antiguas vinculaciones económicas, mencionadas en la sección III del presente

[*]Transcribió las cifras aquí reproducidas Eduardo Carrasca en su *Calendario y Guía de Forasteros para el año bisiesto de 1848*, Lima, Imp. de José María Masías. 1847, p. 31. Esta *Guía* fue mucho más rica en pormenores estadísticos que las anteriores

ensayo, intereses de algunas familias poderosas, anhelos de figuración pública, resistencias ante el centralismo de Lima. El libro de Juan Gualberto Valdivia *Memorias sobre las revoluciones de Arequipa*, la primera obra que, en nuestra América, exhibe a la gente humilde o anónima como personaje principal en su texto, recuerda muchos episodios acerca del sincero afecto que Santa Cruz suscitó, fenómeno seguramente acentuado como reacción ante la política de violencia que insensatamente empleó el caudillo limeño nacionalista Salaverry en aquella región. Los ejemplos que se enumeran en seguida tienen el valor de símbolos.

En el Cuzco, el otro gran centro del sur del Perú, pudieron influir también los antiguos lazos con el altiplano convertido desde 1825 en República de Bolivia. Sin embargo, debe ser recordado que la antigua capital de los incas era la ciudad natal de Agustín Gamarra, el gran caudillo émulo constante de Santa Cruz, muy popular allá aun en momentos de desgracia, según confesó el sacerdote Blanco, en el diario por él escrito, alusivo a lo ocurrido en diciembre de 1834.

En el tumulto surgido en el Cuzco ante la noticia de que la venerada imagen del Señor de los Temblores iba a ser enviada a Bolivia, motín que tuvo entre una de sus consecuencias la destrucción del Colegio de Artes, aliado de sus connotaciones de fanatismo religioso y de herido orgullo nacional, existió sin duda, un fermento antiboliviano.

La opinión pública en el Norte

En lo que se refiere al norte, cabe afirmar que, en conjunto, la población consciente de esta zona se consideró amenazada con la Confederación. Amenazada en la preponderancia que, desde la consolidación española en el país, tuvo y aún sigue teniendo en nuestros días. Históricamente, en el Perú, los incas representaron un mayor realce del sur sobre el norte, gravitación amenazada cuando las victorias de Atahualpa implicaron una nueva tendencia: el poder del militarismo quiteño sobre la nobleza tradicional que el infortunado Huáscar simbolizó. Luego, la fundación de Lima por Pizarra y el significado monopólico que esta ciudad tuvo durante el virreinato llevaron en sí una fuerza cuyo volumen naturalmente pudo resultar contrapesado al pertenecer los territorios del sur a una misma comunidad política junto con Bolivia, matriz del nuevo aparato estatal que Santa Cruz empezó a fabricar.

El notable sabio alemán Johann Jakob von Tschudi, residente en Lima en 1838, anotó el júbilo con que allá fue recibida la declaración de la independencia del Estado Nor-Peruano ante el simple anuncio de la inminente llegada de la expedición chilena antisantacruzina. Sin embargo, una absurda batalla entre norperuanos y chilenos creó enconos populares que los comerciantes extranjeros atizaron. Tschudi registró también este cambio en el ánimo capitalino. Inclusive llegó a constatar el entusiasmo paradójico ante el regreso de Santa Cruz poco tiempo después. Pero aquí no hubo sino un fenómeno de volubilidad en la opinión pública.

En el centro y en el norte costeños, precisamente, la huella indígena, tan fuerte en la sierra peruana del sur y en Bolivia, se atenúa o cede ante el mestizaje blanco, negro-indio; allí estaban frescos todavía los recuerdos del boato y de la arrogancia desplegados durante casi tres siglos por el legendario virreinato, cuya capital había sido Lima; allí predominaba y predomina todavía un sentimiento de desdén por los "cholos" y los "serranos". En varias letrillas Felipe Pardo y Aliaga explotó este factor psicológico para hacer hablar en una jerga tartajosa al decorativo Protector y a su madre, la cacica Calaumana y llamado "Alejandro huanaco", "Jetiskán" o "cholo jetón", como si fuera el mayor delito el hecho de que Santa Cruz no tuviera la figura de los modernos héroes del cine. (Ap., pp. 283-292)

La Guerra del Pacífico

Sobre la multitud, la ciudad y el campo en la guerra del Pacífico, va a tener este trabajo una deliberada sobriedad. Primero la multitud en la ciudad fue de esperanza y de fervor, como en todas las guerras, como en todas partes. "¡A Santiago!" gritase en Lima, y "¡A Lima!" en Santiago. Luego, vino la guerra misma. Notase en el lado peruano la deficiencia en la organización colectiva compensada a veces, no en el éxito sino en la gloria, por el heroico gesto individual. Por el lado chileno, en cambio, acaso hubo menos floraciones de actos individuales y más eficiencia de conjunto, aportando esto último la victoria. El ejército peruano fue más multitud, más improvisado, más desarticulado, menos unificado, menos conectado con el comando general; y en la guerra, el ejército debe ser lo menos multitud posible para volverse mecanismo técnico.

La campaña de Tarapacá, Tacna y Arica liquidó el ejército propiamente dicho. La campaña de Lima inició el ejército a base principalmente del vecindario de las ciudades, renaciendo en la defensa de la capital la organización por gremios. Las campañas posteriores de la ocupación dieron lugar al ejército de los villorrios y de la campaña remota.

Hay en Huánuco un episodio conocido con el nombre de "el hombre de la bandera", que Enrique López Albújar ha perennizado en un cuento. Allí está el símbolo del villorio y de la campaña propiamente dicha ante la invasión chilena: la indiferencia primero, la sorpresa luego, la indignación más tarde, la actitud combativa desesperada e inútil en seguida.

Lima conoció durante tres años las humillaciones de la ocupación. La bandera invasora flameando en el palacio de gobierno; funcionarios extraños, el fusilamiento y el suplicio para el que osara erguirse ante la situación creada; nostalgia y angustia para los seres queridos perdidos en la contienda o emigrados para proseguir en la Breña; clandestino envío de dinero, armas y hombres; obligatoria y amarga obediencia a las órdenes del ocupante. La capital orgullosa salió de la ocupación empobrecida, entristecida.

El tratado de paz dio lugar con el correr del tiempo a un tipo constante de multitud: la multitud patriótica. El nombre de Tacna y Arica, al que con las ilusiones ingenuas que contagiaron a todo el país al concluir la guerra en 1918 fugazmente se unió el nombre de Tarapacá, hizo olvidar muchas veces el divisionismo político y las jerarquías sociales y lanzar a la multitud a la calle con fervor de oración. Pero el paso inflexible del tiempo, el advenimiento de nuevas ideas, más materialistas en ciertos sectores y más definidas ideológicamente en otros, el cansancio ante el abuso que de tan sagrados sentimientos hicieran explotadores y usufructuarios de él, la conciencia de que no hay entre Perú y Chile diferencias radicales, el vago influjo del ambiente internacionalista y hasta pacifista que, a pesar de todo, ha dado lugar la postguerra desde 1918, han de hacer, en lo que alodio a Chile, como país, como conjunto de hombres, sin distinguir entre sus castas y sus hombres, respecta, que ese odio sea algún día mirado con el mismo carácter de lejanía con que hoy vemos el odio que en 1821, 1824 y 1866 fue prodigado a los españoles. (MCC, pp. 226-228)

Después de la Guerra

El gran acontecimiento dentro de la vida peruana que es el desastre de la guerra con Chile no altera la composición social, si bien empobrece al país y relaja la importancia del Estado. Más tarde, la iniciativa individual, apoyada por el Estado y por la paz pública, echa las bases de la reconstrucción. A diferencia de los individuos, los pueblos pueden resucitar.

Finaliza el siglo XIX, cuando llega el capital extranjero a impulsar la minería. Esta penetración, que en ningún momento controla el Estado, se va extendiendo no sólo por la necesidad de grandes capitales que la minería tiene, sino por la idiosincrasia nacional. A su vez, la agricultura, en manos peruanas, gira alrededor de los mercados de Nueva York o Londres y resulta más tarde endeudada al capital extranjero. Extranjeros son los servicios de transportes. Nuestra economía resulta, sobre todo, después de la apertura del canal de Panamá y mucho más con la guerra europea de 1914-18 y sus consecuencias, semicolonial. A ello se agrega la política de los empréstitos que implican un enfeudamiento financiero progresivo. El centro alrededor del cual gravita la vida económica y financiera se va volviendo, cada vez más Estados Unidos, desplazando a Inglaterra, dominante hasta antes de la apertura del canal de Panamá.

Dentro de las clases sociales resulta de todo esto la creciente importancia económica de los extranjeros y de quienes son sus servidores, agentes, abogados o empleados, para quienes existe la genérica denominación de "hombres de paja". Como muestra de esta creciente importancia, basta recordar la reciente historia del petróleo, con insinuar el rol de la minería en nuestra balanza comercial y con aludir a la política de los empréstitos.

La política de los empréstitos se realizó no para obras reproductivas, como ordena la ciencia financiera, sino muchas veces para obras no reproductivas y para el pago de deudas pendientes y el saldo de los déficits. En el contenido mismo de los contratos respectivos, hubo notables deficiencias de inminencia peligrosa. Se estipularon garantías reales; se comprometió el Estado a no hacer modificaciones en las rentas afectas; se injertó en los cuerpos directivos de las entidades de recaudación y administración de rentas a representantes de los banqueros; la realización misma de los empréstitos estuvo gravada por descuentos y gastos que representaron enormes pérdidas; el sistema de emisión fue criticable pues su base estuvo en la adjudicación de bonos a los interesados, sin concurrencia; se aludió en algún contrato, como razón suprema, a las conveniencias del Departamento de Estado de los Estados Unidos [*].

No es inexacto que a cambio del enfeudamiento puédesse extinguir parte del atraso peruano, pueden elevarse rascacielos sobre nuestras ciudades de tristeza castellana; pueden mejorar el agua potable, la vida galante, etc. También trae ganancias la prostitución.

Hay que rechazar el enfeudamiento primeramente porque es condenable en nombre de la humanidad. Todo el progreso que aporte no será más que algo secundario y subordinado a los fines de explotación de nuestro capital territorial, de nuestro capital humano en beneficio de un número ínfimo de intereses detentadores de privilegios antisociales. Nunca compensarán este progreso las ganancias que tales explotadores recojan para usarlas a su capricho. Y hay que rechazar el enfeudamiento, también, porque es lesivo a nuestro mensaje como pueblo, a nuestra misión colectiva. Allí es donde debe basarse la ciudadanía, más que en el odio retrospectivo al vecino y vibrar magnífica y espontánea la conciencia de nuestra individualidad histórica. ¡Bendito lugar común este del imperialismo y lástima que no sea más común todavía!

En torno al Perú de 1900 a 1939 [**]

¿Qué ha pasado en el Perú del siglo XX? Habría que marcar, para explicarlo más claramente, una subdivisión de etapas cuyos hitos serían las siguientes fechas:

[*] El estudio completo de los empréstitos peruanos recientes está en el libro de Manuel Irigoyen Puente *Bosquejo sobre empréstitos contemporáneos del Perú*, Lima, 1928

[**] Se publicó en *Historia*, N.º 4, marzo-abril de 1943.

1900-1919, 1919-1930, 1930-1939. Y para comprender mejor lo ocurrido entre 1900-1919, habría que recordar lo ocurrido entre 1895-1899. Entonces pudo erigirse un estado de contextura moderna con un funcionamiento administrativo limpio cuyas raíces populares eran sólidas y profundas, como que un gran movimiento de masas lo había engendrado y como un caudillo bien amado por los humildes lo simbolizaba. Este caudillo, Piérola, rechazando el ejemplo de Porfirio Díaz, que algunos le presentaban como modelo, quiso ser fiel al principio de la alternabilidad en el gobierno y dejó la presidencia al cumplirse la escasísima suma de cuatro años que ella constitucionalmente tenía. El nuevo siglo encontró, pues, al Perú libre del "continuismo" que otros países americanos presentaban, con una optimista visión acerca de la salud y la estabilidad de las instituciones estatales.

Ya a partir de 1903 se inició, sin embargo, el proceso de arrinconamiento de Piérola y de su partido, pese a su indudable arraigo en las masas. Los elementos dirigentes de la política, utilizando el mismo aparato electoral que Piérola había creado, arrebataron a éste la oportunidad de volver a gobernar. Todo se hizo sin derramamiento de sangre, sin brechas profundas en la moralidad colectiva, sin eliminar la libertad de imprenta y la libertad de palabra, sin coactar el crecimiento del país. Especialmente durante el período de 1904-1908 en que un grupo de jóvenes tomó los puestos de comando, la grieta abierta fue invisible. Pero había una grieta y era ésta: si el estado de 1895-99 había empezado teniendo fuertes raíces populares, ellas comenzaron a agotarse. Poco a poco vino a crearse una separación entre estado y pueblo, entre gobierno y nación. Las elecciones presidenciales o parlamentarias no siempre daban el triunfo a los candidatos de arraigo popular y a veces lo daban a quienes tenían a su disposición a los organismos del sufragio o a los elementos del oficialismo.

Dentro de los grupos dirigentes de la política -el partido civil surgió un cisma. El grupo que podía ser llamado ortodoxo rompió con el hombre audaz y emprendedor a quien antes había ungido: Leguía. De otro lado, frente a las elecciones presidenciales de 1912, surgió una oleada popular, un pierolismo sin Piérola, que echó de lado la maquinaria del sufragio en la que tal vez no hubiera encajado e impuso al Congreso la designación del ídolo del momento: Billinghurst. Pero Billinghurst, anciano ya y de carácter impulsivo, se vio pronto envuelto en conflictos con el Congreso, que era extraño a su génesis demagógica. Yen 1914, llamado por el Congreso, reapareció en la vida política peruana después de veinte años de ausencia el ejército, para derrocar a Billinghurst. Poco después de la primera guerra mundial creaba un elemento adicional de preocupación y buscando la vuelta a la normalidad interna fue reelegido en una convención de todos los partidos entonces en actividad el gobernante afortunado de 1904-1908, José Pardo.

Cuatro años más tarde, en 1919, el país tomaba un nuevo rumbo, otra vez bajo el comando de Leguía. Toda una era desaparecía; y una era nueva llegaba con ímpetu incontenible. En general, se había estado gobernando al Perú honestamente: el servilismo y la violencia eran, desconocidos o poco practicados; la libertad de prensa y la libertad de palabra habían sido coactadas sólo en forma intermitente o pasajera; la oposición en el Parlamento era posible; aun se había dado el caso de que una enmienda constitucional aprobada por éste, la que estableció la tolerancia de cultos en 1915, fuera aceptada por el presidente Pardo aunque hería convicciones y creencias muy próximas a su persona y a su familia. Sin embargo, y aparte de las imperfecciones en el aparato electoral, aquel régimen había sido, en conjunto, demasiado tímido. El Perú avanzó entonces con un ritmo de "cámara lenta". El súbito golpe de prosperidad que la primera guerra mundial produjo después de una crisis inicial, enriqueciendo a los productores de la agricultura de exportación, dando impulso a un industrialismo todavía balbuceante, vigorizando a las clases medias y creando, a

través de las agitaciones sociales extranjeras, un fermento de rebelión en el proletariado, demandaba gobernantes alertas, emprendedores, fascinantes y hasta demagógicos. Al no existir ellos en el régimen imperante, la opinión los buscó fuera de él y se volvió partidaria de Leguía.

Leguía fue un hombre de extraordinaria capacidad y de singular fascinación personal. Ni sus enemigos políticos de 1919 hubieran podido negarlo porque ellos lo hicieron Ministro de Hacienda durante varios años y candidato presidencial en 1908. Claro que al estudiar su significación más profunda, una Historia del Perú lógica haría ocupar a este enemigo del partido civil un puesto inicial como lugarteniente de Piérola, el otro adversario de ese mismo partido. No le hubiera hecho mal esta escuela a Leguía, pues allí habría aprendido bien algunas virtudes cívicas. Pero Leguía, hombre de realidades, no se hubiera inscrito jamás en el partido demócrata, allá entre 1899 a 1908, porque en la destartalada casa de la calle Milagro se vivía únicamente entonces en la abstinencia continua de las renunciaciones enfáticas, como aquella, típica, expresada en la famosa frase "abstenerse es obrar". En 1919 Leguía suscitó un súbito renacimiento de la oleada popular que en su hora representarían Piérola y Billinghurst. Independientemente de casos personales aislados, implicó la llegada al poder de un sector de las clases medias frente a la aristocracia civilista y sus servidores. Sea por personal desconfianza a ciertos elementos con presunto brillo propio en la política, a quienes fue separando sucesivamente o porque, en conjunto, las clases medias todavía no estaban entonces [...] en aptitud de integrar un Estado Mayor técnico y austero, Leguía se encontró con que su autoridad personal comenzó a desbordar todas las vallas. Un caudillaje patriarcal y paterna lista en relación con sus adeptos, fuerte con los enemigos aunque sin extremar siempre su rigorismo y abriendo frecuentemente la puerta del perdón a los arrepentidos e inutilizados, fue surgiendo y consolidándose a lo largo de once años.

Naturalmente eso no fue lo único que ocurrió. El país despertó a una ilusión de grandeza basada en el progreso material, que no había conocido después de la Guerra del Pacífico. Aparecieron los banqueros y otros elementos capitalistas norteamericanos que con pingües ganancias prestaron aquí el dinero que a manos llenas recibían de ilusos tenedores de bonos en su país. Comenzó en gran escala el temible desarrollo de la inmigración japonesa. El aparato represivo y preventivo del estado fue rehecho y perfeccionado mediante la conversión de la policía en una institución técnica. Pero conviene examinar con más detalle lo que ocurrió con el estado mismo.

Al estado estrechamente ensamblado con la nación que surgió en 1895, al estado que sólo ocasional o débilmente mantuvo esa adecuación después de 1899, vino a reemplazar un estado cuyas instituciones fueron desapareciendo a veces con un mero mantenimiento de la forma, ante la creciente importancia del Poder Ejecutivo. Anteriormente habían existido, por ejemplo, municipios de nominal elección popular; entonces los municipios comenzaron a ser nombrados por el Ministerio de Gobierno. Antes se había escuchado en el Parlamento voces de disidencia y hasta de apasionada discusión; ahora estas voces fueron ahogadas por la persecución o el destierro. Antes había parecido olvidada la tradición virreinal de adular o reverenciar al gobernante; entonces eso se volvió usual, precisamente porque venía a ser una escuela o un corolario de la progresiva eliminación de las instituciones. Había florecido, antes con las fugaces limitaciones ya mencionadas, la libertad de prensa; entonces ella fue ahogada, iniciándose el pavoroso fenómeno de la decadencia de la literatura periodística, tan brillante siempre en el Perú. Antes los comicios electorales se habían reunido bajo la égida de las asambleas de mayores contribuyentes; entonces fueron hechas las elecciones por nominación directa del Palacio de Gobierno. Antes las Juntas Departamentales quedaban como un muñón de los organismos que debieron ser; entonces, después de un fugaz ensayo de Congresos Regionales que murió por

consunción, desaparecieron todos los órganos de carácter local.

Las elecciones políticas y municipales habían sido deficientes; en vez de paliar o suplir esas deficiencias, el nuevo régimen, urgido por la obsesión de perpetuarse, las festinó. Las Cámaras habían recibido acerbas críticas por sus irregularidades funcionales; ahora se burocrataron, desprendiéndose mediante su adhesión incondicional al Ejecutivo, de la función de legislar mientras se dedicaban a manejar la administración de las provincias y departamentos, carentes de entidades propias no sólo desde el punto de vista político -lo cual era aconsejable- sino aun desde el punto de vista económico y administrativo, lo que era más discutible.

En resumen, si se fuera a buscar un saldo positivo a favor de Leguía durante el oncenio, un criterio simpatizante señalaría lo siguiente: 1) las condiciones personales del caudillo que atrajeron sobre él no sólo devociones pasajeras o interesadas sino también afectos hondos perdurables, como lo revela la subsistencia de un partido cuyo programa consiste en reivindicar su figura; 2) el espíritu de empresa particular y público que surgió, con gran audacia a veces, en esta época; 3) el crecimiento material del país que repercutió más visiblemente en el progreso urbano, sobre todo en la capital; 4) la tendencia a la delimitación de las fronteras, concluyendo los conflictos con los países vecinos, fuente de amenazas para la paz internacional y premisa para la solidaridad americana impuesta por el ritmo de los tiempos que han venido después; si bien cabe presentar críticas a la parte procesal de estos arreglos, o sea a los linderos exactos que fueron fijados, a veces lastimando a la geografía patria hasta en su contenido sentimental.

Aliado de sus positivos méritos y de sus auténticos servicios al país, Leguía tuvo, sin embargo, varios lados vulnerables: 1) pidió prestado demasiado dinero que hasta ahora no ha sido posible devolver; 2) fue despreocupado ante la indiferencia moral de algunos de sus partidarios y relacionados; 3) no toleró ninguna clase de oposición; 4) no puso frenos al servilismo; 5) se embarcó en la política de las reelecciones sucesivas bajo la ciega consigna que no podía ser eterna de "durar".

La reelección, lujo cívico que Estados Unidos podía permitirse porque sus instituciones representativas y su maquinaria de sufragio son básicamente sanas, en el Perú de 1924 implicaba, como claramente lo dijeron con gran valor moral Manuel Vicente Villarán y Germán Leguía y Martínez, el falseamiento de estas entidades. Gran parte de las características estatales bajo el régimen leguista se produjeron o acentuaron precisamente como una consecuencia del hecho de que el propio presidente se colocaba en la condición de candidato en cada elección. Por otra parte, es cierto que un hombre tan astuto como Leguía nunca habría entrado por ese camino, si el país con su pasividad no hubiese expresado, si no aprobación, por lo menos tolerancia. La verdad es que el eco de las agitaciones antirreeleccionistas fue escaso. Se iba a cumplir una vez más el siniestro vaticinio de Bolívar en la "Carta de Jamaica" sobre el pueblo que se arrastra en las cadenas cuando no se enfurece en los tumultos.

En 1930 cayó Leguía como consecuencia de la depresión mundial y de la imposibilidad de nuevos empréstitos; al mismo tiempo, circunstancias de orden personal que los historiadores médicos del futuro sin duda superestimarán, y aun hasta las propias rivalidades dentro del mismo régimen, ya gastado después de once años, contribuyeron a ese hecho. Leguía, el gobernante propulsor como Balta de vastas obras públicas, en mayor escala y dentro de diferentes circunstancias por cierto, pero homenajeadas más de lo que lo fueron San Martín y Bolívar, fue depuesto sin lucha, vio desmoronarse en unos cuantos días su régimen y llegó a ser conducido a una cárcel donde se le trató bochornosamente para morir allí con cristiana resignación. Todo lo que había estado identificado con él se derrumbó: parlamento, sistema electoral, administración local, organización universitaria, hasta parte del Poder

Judicial. Sólo quedaron en pie el ejército, una ciudadanía exultante, entregada primero a desbordes tumultuarios, víctima luego de la desorientación y más tarde del atolondramiento.

Interesante resulta una comparación, por sumaria que sea, entre el Perú de las últimas dos décadas y algunos de los países vecinos. En Chile irrumpió hacia 1918 una oleada populista bajo la fascinación de un gran conductor de masas -Alessandri- para luego generar un autoritarismo militar preocupado por el progreso material, a cuya caída, coincidente con la crisis del año 30, siguió una etapa de inestabilidad social y política, para retoñar el dominio conservador bajo el mismo Alessandri, reemplazado luego pacíficamente por una coalición de partidos de izquierda y centro, el Frente Popular. Argentina presenció poco antes que Chile el ocaso del antiguo régimen, con la llegada del partido radical al poder en 1916; pero este partido corrió en 1930 la suerte de su ídolo Irigoyen, derribado por una restauración conservadora aún predominante. El partido liberal de Bolivia, similar al civil del Perú, cayó al iniciarse la década de los 20, cuando Saavedra llegó al poder con el partido republicano; Saavedra también siguió una política de empréstitos, de progreso material y de mano dura con la oposición pero fue su sucesor, Siles, quien sufrió el vendaval del 30 para dar paso a una corta era de elementos civiles ilustrados, tras los que emergieron los militares jóvenes de la guerra del Chaco. En cambio, en Colombia, sólo en 1930 se produjo la caída del partido conservador para ser sucedido por su rival histórico, el partido liberal, hasta la fecha.

Lo ocurrido en el Perú en 1919 se parece, pues, a lo ocurrido en Argentina en 1916, en Chile en 1918, en Bolivia en 1920, en Colombia en 1930. Leguía, Ibáñez y el binomio Saavedra-Siles presentan algunas semejanzas entre sí y una que otra con Irigoyen. Lo ocurrido en el Perú en 1930 se parece también a lo ocurrido en Argentina y Bolivia ese mismo año y en Chile en 1931. Pero después de 1930 no hubo en el Perú una sólida restauración conservadora lisa y llana como en Argentina; ni, como en Chile, una restauración conservadora fugaz con el prohombre demagógico de años antes para producir luego sin tragedias una transición hacia el Frente Popular mediante la continuidad y coherencia de las agrupaciones políticas, ni un pacífico vuelco al liberalismo como en Colombia por un fenómeno de partidos similar aunque mucho más sencillo que el de Chile; ni, como en Bolivia, surgió el impacto de una guerra exterior.

Injertado en la vida política un movimiento con la organización peculiar de los partidos de la postguerra y a base de radicales reivindicaciones sociales -el Apra-, las luchas políticas entre 1930 y 1939 -cuyo estudio no es posible hacer aquí, desgraciadamente- giraron alrededor de este dilema: ¿"capturaría" el Apra el poder o no? Esa pregunta explica muchos hechos, muchas leyes y hasta muchas actitudes personales en el orden interno e internacional (ante la revolución española, el fascismo, Estados Unidos, etc.). El miedo y el odio orientaron varias veces al país y generaron más de un episodio luctuoso o condenable.

El fenómeno de la prosperidad que siguió a la depresión de 1929-32 produjo, por su parte, importantes consecuencias en el Perú ya bajo el gobierno de Benavides. El ritmo de crecimiento material se reanudó con la característica interesante de que esta vez no estuvo empujado por el fenómeno del empréstito en el exterior. Comenzó una política que en términos generales podría ser calificada de "socializadora", dentro de la cual el Seguro Social tiene una profunda trascendencia histórica. Otro hecho de vastísimos alcances fue la intercomunicación de las regiones por medio de los caminos, rompiendo el aislamiento geográfico que fuera la silenciosa causa de tantas tragedias en la vida peruana después de los incas. La eliminación de las sombras de la guerra con Colombia marcó, además, una ratificación de la tendencia a fijar los

linderos del país que Leguía audazmente cumplió desde su primera administración en 1908-12 cuando firmó los tratados con Brasil y Bolivia y luego prosiguió entre 1919-30 por medio de los tratados con Chile y la propia Colombia.

Pero las instituciones que el oncenio hizo desaparecer o florecer sólo en apariencia no renacieron, por cierto. La eventualidad de que sirvieran como pedestales o trampolines para la revolución social fue el pretexto o la causa para este fenómeno. Continuó el contraste entre el relativo primitivismo de la vida política y la complejidad creciente del desarrollo económico; del mismo modo como antes, entre 1899 y 1919, aliado de la aparente madurez política coexistió una vida económica de volumen escaso. Leguía había caído y había muerto y el leguismo estaba fuera del poder; pero había un "sistema" o unos "modos" que Leguía había creado y que paradójicamente eran perceptibles a veces todavía en el estado. Lo más lamentable de todo era la falta de espíritu público, la inercia cívica.

A pesar de todo -ya pesar de críticas adicionales como en lo referente a educación y a algunas obras de ornamento-, cabe aplaudir el hecho de que no hubo empréstitos externos, como ya se ha dicho, ni improvisación de muchas grandes fortunas. En la realización de los planes administrativos, el criterio técnico fue mayor. Y al evitar Benavides el error de encerrarse en la consigna de "durar", que perdió a Leguía, prestó uno de los más auténticos y positivos servicios al país.

Visto a la luz de este análisis, el camino para el Perú de 1940-50 parece claro. El Perú necesita, por cierto, continuar y acelerar su desarrollo material. Pero eso no es todo. El gran aporte positivo del planteamiento de la cuestión social radica en la elevación del problema humano al primer plano entre los deberes del Estado. Proteger y ayudar la vida y la salud de la población, procurar su incremento, que ningún gobierno ni en el siglo XIX ni en el siglo XX supo realizar mediante un plan adecuado de inmigración blanca, levantar su nivel de vida, desgraciadamente tan bajo si se mira a las grandes masas, hacer que el hombre peruano produzca más, consume más y tenga un reparto mejor de su riqueza: he aquí necesidades urgentes y cardinales. Un país no es solamente el territorio en el cual se puede introducir un número más o menos grande de máquinas y de productos de las máquinas. Está constituido también por el elemento humano que es, en última instancia, lo que más importa; y está constituido, asimismo, por el estado. Ahora bien, el estado es, de un lado, una estructura administrativa cuya eficiencia y cuya limpieza le garantizan un rumbo seguro, del mismo modo como su ineficacia o sus lacras pueden conducirlo a horribles abismos; y es, de otro lado, un conjunto de instituciones. El Perú necesitaba en 1939 ir, aunque fuera lentamente, a una revaloración y reorganización adecuada de esas instituciones. No para repetir los errores de otrora, no para dar tontamente combustible adicional a la guerra social y civil, sino para reeducar y encauzar en forma realista y razonable a una ciudadanía que se había acostumbrado al dilema de ser paralítica o ser epiléptica. Pero eso no abarca tampoco la totalidad del problema.

La juventud que surgió a la actividad intelectual a principios de siglo conoció la sensación optimista de vivir en un país organizado y en marcha que, a su hora, ella dirigiría pacíficamente; lo que había de deleznable en el andamiaje político y de taras en la vida social y económica no aparece en las páginas de *El Perú Contemporáneo*, de Francisco García Calderón, la obra que resume ese estado de ánimo. La juventud que en 1918 hizo a Leguía "Maestro de la Juventud" y editó el periódico *Germinal* personificó su esperanza en ese caudillo y luchó por él. La juventud que en 1921 y sobre todo entre 1923 y 1928 combatió a Leguía, creyó que, precisamente con la caída del gobernante del oncenio, vendría la palingenesis nacional. Más tarde, hacia 1930, la juventud puso fanatismo en la lucha política. ¿Cuál era, en cambio, el término medio de la temperatura espiritual juvenil hacia 1939? Aparte de los sectores

fanatizados, podía observarse un peligroso afán por el acomodo personal, por los goces y concupiscencias de la vida y, en el mejor de los casos, una escéptica indiferencia. Parecían en suma, salvo excepciones meritísimas, prosperar los genuinos productos de lo que en pública ocasión he llamado la Edad del Asfalto, caracterizada por la adoración del automóvil no como útil instrumento de trabajo y de progreso, sino como símbolo de vanidad y despilfarro. Con lo cual no trataba de atacar, por cierto, a los automovilistas sino de buscar un símbolo para una determinada actitud espiritual de frívolo deslumbramiento ante las cosas externas y ostentosas con olvido de otros valores, del mismo modo que cuando se censuró en la época virreinal el afán de reducir la vida a la quema de cohetes y al toque de campanas, no iba con eso implícito un ataque contra las torres de las iglesias y contra las luces de los fuegos artificiales. No es ese el estado de ánimo deseable entre las nuevas generaciones, como no lo es la saña destructora. Un país robusto necesita una juventud entusiasta con capacidad para sentir un íntimo asco ante toda falsificación de valores, con voluntad de construcción inteligente y honestamente combatiente, con pudor de lo que hace y lo que dice, inspirado en la dignidad cívica sin la cual una república no merece ese nombre. Pero, a su vez, un país sano necesita ofrecer a su propia juventud perspectivas amplias, posibilidades abiertas, colaboración efectiva en el quehacer común. De modo que el problema no es sólo el Progreso material, de reformas sociales, de organización estatal. Es también problema de renovación de valores, de fervor espiritual, de capacidad de entusiasmo, de mística colectiva. Entre las oligarquías aferradas al pasado -en el cual no todo es sacrosanto y sin cuya rectificación y superación no existiría la historia, las iras revolucionarias de otro lado y las concupiscencias inmediatas como tercer término, más lamentable todavía, un progresismo constructivo con nutrias raíces populares y con la mira puesta en el bienestar común podía evitar en 1939 los peligros de la estagnación y del estallido, siempre y cuando reuniera el triple requisito de la técnica, de un mínimo ético y de la capacidad para planificar con lucidez y coherencia y ejecutar una decisión. (Ap., pp. 477- 488)